



Juan Eduardo Zúñiga
Recuerdos de vida



Galaxia Gutenberg

RECUERDOS DE VIDA

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Recuerdos de vida

Galaxia Gutenberg

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Nació en Madrid en 1919. Estudió Filosofía y Bellas Artes y se especializó en lenguas eslavas. En 1951 publicó su primera obra, *Inútiles totales*, a la que siguieron *El coral y las aguas* (1962) y *Artículos sociales de Mariano José de Larra* (1976). Firme defensor de la novela como reconstrucción de la memoria, en 1980 vio la luz *Largo noviembre de Madrid*, libro de relatos ambientado en la guerra civil y su posguerra, temas recurrentes en su impecable narrativa posterior: *La tierra será un paraíso* (1989), *Misterios de las noches y los días* (1992, reeditado por Galaxia Gutenberg en 2013), *Flores de plomo* (premio Ramón Gómez de la Serna 1999) y *Capital de la gloria* (2003), que le valió el premio Nacional de la Crítica y el prestigioso premio Salambó. Su libro de relatos más reciente es *Brillan monedas oxidadas* (2010). En 2011 reunió en un solo volumen todos sus cuentos sobre la guerra en Madrid, bajo el título *La trilogía de la guerra civil. Desde los bosques nevados* (Galaxia Gutenberg, 2010), por el que le fue concedido el premio Internacional Terenci Moix, constituye un libro capital sobre la literatura rusa a partir de tres de sus autores más emblemáticos: Pushkin, Turguéniev y Chéjov. En 2016 le fue concedido el Premio Nacional de las Letras en reconocimiento a toda su obra.

A sus cien años, Juan Eduardo Zúñiga sigue escribiendo. Quien lea estas memorias entenderá por qué.

En *Recuerdos de vida*, Zúñiga describe sus años de aprendizaje en el Madrid de la caída de la monarquía y la proclamación de la república, la guerra civil y la larga posguerra. Son los años del descubrimiento del mundo y de los intentos de acomodarse en él a través de las herramientas que a Zúñiga le han servido para conocerse y conocer: los libros, las lenguas, la escritura.

El joven cuya vida se ve limitada primero por la contienda y después por la pobreza económica e intelectual de la España franquista rompe su

aislamiento con el estudio de lenguas exóticas: desde el alfabeto egipcio hasta el ruso, el búlgaro o el rumano. Con ello accede a los mundos sugestivos de Turguéniev, Chéjov o Panait Istrati. Esta pulsión por acercarse a lo desconocido distante corre paralela al conocimiento de uno mismo, de la amistad, el amor, y de lo político, a través del dolor de la guerra.

Aquel Madrid que el escritor contemplaba de niño en las primeras nevadas sobre la ciudad es el espacio desgastado y mal reconstruido que los supervivientes de la guerra civil analizan *sotto voce* en los espacios libres de los cafés. Zúñiga habla de las tertulias de teósofos, de los cuentistas reunidos en el Café Lisboa, de las amistades literarias iniciales, de las primeras publicaciones, marcadas por el descubrimiento de las tierras exóticas.

Recuerdos de vida se construye como una novela de formación de la que el protagonista es el propio escritor. Un libro descarnado, sencillo y bello que demuestra una vez más por qué Zúñiga es uno de los mejores narradores españoles del último medio siglo.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2019

© Juan Eduardo Zúñiga, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17747-72-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mis nietos Guillermo y Nicolás,
que también estaban en esta obra.*

Qué larga es la calle de la vida. Avanzamos por ella y atrás dejamos convertido en olvido cuanto hicimos. Sólo cuando sentimos que el final de la calle se acerca es posible repensar lo sucedido. Sólo cuando creemos que quedan -¿quién lo sabe?- dos o tres manzanas que recorrer es posible contemplar el paisaje de lo vivido. Atisbamos entonces en épocas lejanas el mecanismo de lo que fuimos, por causalidades de actos que parecían fugaces y por extrañas coincidencias que se producen como si la mano de nadie las creara.

Qué secreta es la calle de los años. Buscamos en los recuerdos cómo será el futuro: inútil tarea porque sólo se encuentra en las cenizas. Del fabuloso depósito de la memoria surgen ahora fragmentos borrosos, con ese color sepia que es el color de las sombras; detalles efímeros de algo escuchado, entrevisto o leído. Nos esforzamos en penetrarlos y que sean nítidos, para que si contienen un secreto, éste deje de serlo y de inquietar sus sombras.

Estas escenas sueltas, desconectadas en su apariencia, tienen un hilo invisible que las cose, finos tendones y venas las vitalizan.

Aunque lo más aceptable sería no intentar comprender la vida.

I

LA CALMA ES MI LIBRO

En el invierno del año 1930 o 31 cayó en Madrid una gran nevada y, mediada la tarde, el jardincito que rodeaba nuestra casa de la calle General Zabala, en el barrio de Prosperidad, se fue blanqueando; primero, el suelo en los sitios más secos, luego las cuerdas de tender la ropa. Al anochecer, aquel pequeño y familiar espacio se convirtió en un lugar nuevo y sorprendente por la materia que recubrió la verja de hierro, los tallos más finos, las hojas de los geranios, los cables de la luz, el remate de la tapia por donde saltaban los gatos de las casas vecinas. Todo quedó transformado en un escenario fascinante, más aún después, cuando se abrieron las nubes y la luna puso allí su fría luz.

El ámbito conocido de tantos meses fue purificado: la realidad de aquel lugar se hizo irreal, su naturaleza pobre y trivial se rehízo con formas elegantes que ocultaban los detalles y sólo mostraban sus perfiles esenciales. Tras los cristales de las ventanas, yo contemplaba extasiado aquel encantamiento y su quietud misteriosa.

A la mañana siguiente, el barrio era el de una ciudad de un país nuevo; embellecido por la total blancura, también evocaba las típicas escenas de Navidad que ilustraban los almanaques de pared que se regalaban por entonces en las tiendas de comestibles. Los tejados tenían una gruesa capa, sutil y densa a la vez, mientras que la frondosidad de plantas y arbustos de los jardines era como tejido finísimo endurecido por la helada. Y las calles desiertas, sin huellas de pasos, despertaban el deseo de recorrer el barrio y descubrir que era más acogedor e íntimo bajo la nevada.

Pero mi admiración por tal belleza, e incluso por la inusitada claridad que entraba en las habitaciones, se quebró con un suceso que nada se relacionaba con el prodigio que habían traído las nubes la tarde anterior.

Cerca de nuestra casa había un solar acotado y allí vivía en una casucha un matrimonio con dos hijas adolescentes. El padre se dedicaba a arreglar bicicletas y las chicas para poco debían servir. La noticia, transmitida por vecinos próximos, fue que la madre, de la que en casa se decía que era joven y muy guapa, había gritado que estaba harta y se había largado del hogar, es

de suponer no afectada por la novedad de la nieve pero sí seducida por algún Don Juan de los contornos.

No entendí, al principio, cómo una madre podía marcharse sin más ni más, abandonándolos a todos, porque las madres eran inamovibles, yo así lo creía, unidas a hijos y marido por lazos eternos. Atisbé desde la ventana al hombre abandonado, que estaba en la puerta del solar, subidas las solapas del deformado abrigo, las manos en los bolsillos, el pitillo en los labios, y miraba hacia el fondo de la calle por la que no pasaba nadie bajo un cerrado cielo gris. Y yo seguí con mi desconcierto cuando, a la tarde, cruzaron por delante de nuestra casa las dos hijas, figuras breves, con ropas oscuras, mejillas y nariz encarnadas e iban riéndose, manoteando en su conversación.

Me retiré de la ventana y hube de aceptar la evidencia de que lo sucedido no era sino un roce áspero de la sensibilidad infantil pese al panorama de belleza. Contemplé con pena a las muchachas que parecían insensibles a tener o no una madre y esa idea de la movilidad de los afectos apareció en mi horizonte mental. En aquel día invernal quedaría diseñada, creo yo, la actitud vital de quien se asoma a la ventana y al otro lado de los cristales contempla una singular enseñanza de la vida: fue un primer paso en mi formación de avaro captador del mundo visible.

El observador que recoge la imagen de experiencias ajenas vistas a distancia tiene parecido con el lector que las toma no por relación directa con los hechos sino a través de palabras escritas, que se transforman en ideas. También se progresa en la infancia contemplando imágenes; los dibujos o ilustraciones que me atraían me forzaban a deducir la intención con que se realizaron. Esto me lo hizo posible un voluminoso álbum con aspecto de maleta por tener tapas de cuero con unas trabillas, cuyas hojas contenían adheridos los artículos que se solían vender en las tiendas de papelería. Era un muestrario de tarjetas postales, de cromos, láminas, figuritas recortadas a troquel, felicitaciones, impreso en Francia; por el estilo de los dibujos, su época correspondía muy bien a los años finales del siglo XIX. Estuvo en la casa de mi abuelo, abandonado allí, según se recordaba, por un viajante de comercio que, sin motivo, lo dejó y no volvió por él.

Siendo niño he repasado muchas veces las hojas de este muestrario, admirando todo lo que estaba sujeto a ellas, pero había unas estampas que me suscitaban una emoción a la que no me atrevería a asignarle ningún adjetivo.

Eran unos pasajes de invierno, un campo nevado con unas cercas o unas casitas; en el horizonte, un lejano amanecer nacarado, escena que a mí me parecía propia de un país extranjero. Uno de estos dibujos tenía el motivo peculiar de muchas ilustraciones antiguas: sobre la nieve había un pajarito muerto.

El imaginado arrebol matutino, el aire puro y helado de la madrugada contribuyeron a una idealización de la Naturaleza y debieron de predisponer mi ánimo para el asombro ante aquel jardín blanco. Sólo muchos años después pensé si fue el trasfondo de una prematura vocación literaria.

En este barrio de Prosperidad, alejado del centro, vivía con mi familia: madre, padre y una hermana mayor. Los únicos visitantes, los más adictos, eran los gatos de los chalés vecinos que saltaban la tapia a la busca de alimento seguro.

Nuestro chalé tenía dos pisos. La planta baja era la vivienda, los horarios, las comidas, las reuniones familiares; el piso superior apenas se habitaba y en él se acordó que una habitación fuese como un dominio infantil donde se reunieran mis pertenencias y los restos de mi primera infancia. Era una habitación fría, nada acogedora, donde nadie de mi familia solía subir. El techo, más bajo de lo habitual, hacía que la ventana estuviera a dos palmos del suelo. Desde ella veía la parte delantera de nuestro jardín, los dos chalés de la acera de enfrente, acaso vacíos, y la calle que apenas nadie recorría, lo propio entonces de las calles de un barrio de las afueras; el único leve ruido era el de la carcoma en alguna madera vieja, pero había que esforzarse en escuchar y entonces estremecía el ronroneo hondo en la materia profunda.

Ése fue mi primer espacio confidente, beneficioso por las horas que allí pasaba. Leía cuanto me era posible y dibujaba escenas de las historias que me gustaban. Había calma, esa condición importante para entrar en las galerías de la conciencia. Escribió Rilke en un poema: «La noche es mi libro»; pero alguien, un niño, podría decir: «La calma es mi libro». Sentía la necesidad de sosiego porque la cristalización del silencio, de la quietud, de las ausencias, de la atmósfera del libre pensamiento hacía que todo ayudase no sólo a divagar sino a inquirir tal como se pasan las hojas de un libro: se releen párrafos y se busca otro capítulo con el deseo de entender y hacer nuestro un pasaje. El pensamiento puede ir y venir pero la paz lo protege, lo mantiene.

En mi cuarto del piso superior pasé largas horas solo con algún juguete,

un baulito donde guardaba cosas, dos sillitas de mimbre. A veces sentía miedo por el silencio total. En la pared, clavadas con chinchetas, puse, encima de uno o dos cojines que servían de librería, dos láminas que recorté de un catálogo de Espasa: *Los cosacos zaporogos escriben una carta al sultán turco*, de Repin y *Pedro el Grande y su hijo Alejo*, de Gué. En una, varios cosacos de cierta región de Rusia forman un grupo de tipos muy folclóricos y llamativos; en el otro aparece el zar Pedro I y su hijo Alejo. El padre está sentado con gesto serio y, en cambio, el hijo, de pie, demacrado, con aspecto débil y pálido, mira al suelo confuso porque su padre le acusa de traición. Esperé entender lo que ahí se representaba. Las figuras, con ropas antiguas, estaban inmóviles y aguardaban quizás a que yo las entendiera y me aclarase a mí mismo por qué las había seleccionado entre tantas láminas del catálogo. Pero no había identificación. El cuadro, que por clima dramático podía aludir más a alguna situación de distanciamiento entre padre e hijo, no coincidía conmigo; muy pocas veces vi enfadado a mi padre y nunca con el gesto terrible que tenía Pedro el Grande, emperador de Rusia, al enjuiciar a Alejo, al que mandó matar. He mirado cientos de veces los detalles de esas láminas. Ahora las veo como entonces y no me explicó por qué las recorté, y en un salto atrás a aquel remoto lugar me sorprende encontrarlas como un punto magnético de mi habitación de solitario.

Fue una época de lecturas apropiadas a mi edad, límite los doce años, en la que son habituales dos nombres: Emilio Salgari, el escritor sedentario de portentosa imaginación viajera, que lanzaba a sus personajes a tierras exóticas que el lector buscaba en su mapa y así nacía el deseo de visitarlas; y Julio Verne, que además de novelas fundamentales como *La isla misteriosa*, *20.000 leguas de viaje submarino* y *Los hijos del capitán Grant*, escribió otras sobre realidades de nuestro mundo a las que superponía apasionantes fantasías. Tuve la suerte de que me prestaran, y leí, las obras publicadas por un editor, Sáenz de Jubera, con bellas ilustraciones xilográficas, que nadie ha vuelto a publicar.

Con el terrible libro *Corazón* aprendí a sufrir y compadecer las desdichas de los niños. Era una muestra perfecta de la literatura humanista de mitad del siglo XIX, que denuncia la existencia atormentada de los seres débiles que se permitía la sociedad de entonces. Pero *Corazón* también guardaba una enseñanza de rectitud, de valentía en el carácter de los niños abandonados,

explotados en el trabajo, obligados a emigrar. Algo impreciso debo a la lectura de *Corazón* que podía relacionarse con la conciencia de resistir a la contrariedad.

Al recordar el interés con que miraba las ilustraciones de Julio Verne, insisto en la importante función que desempeñan en los libros para niños. En esa edad inicial, yo tenía motivos para recelar de lo desconocido que era el espacio, no inmediato, pero sí aquel algo más distante: unas palabras que alguien dijera a medias o un grito sorprendido de mi padre o de mi madre o una foto en un periódico que nadie me explicó. Y no olvido los silencios que completaban los cuentos, de un significado que requería la cariñosa explicación que activaba la duda o la zozobra.

Entre mis cuidados, el objeto predilecto era la librería: unas tablitas finas como estantes donde se ordenaban los libros de cuentos. Aunque no acortasen la distancia con el mundo, a ellos recurría como entrada a un recinto grato. Los releía muchas veces y las caras y apariencias de los graciosos personajes de las ilustraciones de Pinocho y Chapete se hacían familiares y formaban parte de mi tendencia a dibujar. Así nació la necesidad de los libros, tocarlos, conservarlos, alinearlos en uno u otro orden y leerlos como consuelo cuando me regañaban.

Una mañana, al entrar en mi habitación, me vino al pensamiento la figura de un hombre vestido como cualquiera de la clase media, que estaba sentado en una roca rodeada de agua, el mar. Fue muy intensa esta imagen. Me estremeció porque no acerté a saber quién era aquél ni qué relación tenía con nadie de nuestro ambiente; y la misma nitidez y claridad que por una fracción de segundo tuve ante mí fue más impresionante.

Debí de quedar muy asustado, por eso bajé y se lo conté a mi hermana. Acaso añadí que «lo había visto», por lo que era lógico que esta información se trasladase rápidamente a mis padres. No me puede extrañar que suscitase inquietud como rareza mental y motivó recomendaciones de reducir lecturas, no fuera a pasarme lo que al hidalgo Alonso Quijano, según oportunamente alguien me recordó. Ahora sé que se trató de una exteriorización de mi prematura conciencia del aislamiento y la soledad que creaba aquella pequeña habitación: el tipo sentado tranquilamente en la roca era yo, si bien entonces me fuese imposible deducirlo.

En aquellos tiempos, con quien yo más hablaba y más atendía era con mi

madre, a la que no recuerdo alarmada por mi visión. Oigo que canta mientras se ocupa de algo en el jardín que rodea la casa. La veo en la semipenumbra de la tarde, tiene las manos manchadas de tierra húmeda, lleva una especie de delantal de lona y maneja un almocafre, la palabra que ella empleó para designar un pequeño azadón que usó para plantar unas semillas en los macizos abandonados: eran violetas y en el invierno nos sorprendió esa flor frágil, de color purísimo, aterciopelado, y secretamente femenina, que resistía el frío y cuya belleza sería para mi madre compensación de alguna ilusión irrealizable.

Llegó el día en que puse los ojos no en un cuento de Antoniorrobes sino en un libro que, entre otros, estaba sobre la mesa del despacho de mi padre. Lo abrí y encontré una lámina que me asombró. Era un coloso muy alto, de piedra desgastada y rota por tantos siglos como la rozaron y la hirieron, con las tormentas de arena y el calor del sol, que se tornaba helador en cuanto llegaba la noche. Estaba junto a otro de las mismas dimensiones y ambos se alzaban en una llanura que era un pedregal, no lejos de las inmensas ruinas de un templo.

Algunos viajeros de la Antigüedad que visitaban Egipto afirmaban que a la salida del sol, y sólo entonces, el coloso hablaba, murmuraba algo que nadie entendía. En el silencio absoluto de aquellas horas se oía una vibración que era la voz de las piedras: los colosos de Memnón se llamaban. El primero que lo contó parece que fue un escritor de la Grecia antigua, luego viajeros franceses y los buscadores de tesoros. Mi curiosidad creció. ¿Cómo podían hablar si eran sólo piedras? ¿Sería una frase o un simple rumor lo que se oía? Leí esto a los once años y me inquietó. Quise escuchar el sonido y descubrir el secreto que extrañó a los viajeros, unas palabras incomprensibles en otra lengua.

En el libro había más dibujos con una muestra de la antigua escritura, compuesta no de letras sino de figuritas: se distinguía una flor, un pájaro, una mano. Al mirarlas, los antiguos egipcios sabían lo que significaban. Quedé extrañado ante una forma de escribir tan distinta a la mía; eran figuras muy variadas y cada una tendría un sonido como los que se oían al amanecer. Por tanto, para entenderlos debían estudiarse las filas y filas de esa escritura que cubría los muros, aún en pie, de templos y sepulturas.

Casi siempre, el lector interesado en un libro puede ser conducido a lo

inesperado. Y el libro donde yo descubrí que unas piedras podían hablar me llevó a contemplar el mapa de Egipto como una tentación, cruzado por una línea sinuosa azul que era el Nilo, en cuyos márgenes se veían nombres de lugares, de aldeas y de restos arqueológicos.

Llegado este momento, el jardín del chalé perdió importancia y a través del cristal de la ventana parecía vulgar, como bajo los fríos de noviembre, con el suelo cubierto de hojas caídas. En consecuencia, dejé de visitarlo y me entregué con entusiasmo al estudio de la historia del país egipcio. El 24 de agosto de 1934 fui por primera vez a la Biblioteca Nacional, con una autorización temporal, y hojeé una revista inglesa de excavaciones en Egipto. Tomando datos donde me era posible, hice un breve diccionario de jeroglíficos con su pronunciación figurada, escrito en un cuadernito de tapas verdes que aún conservo, y formé ficheros geográficos de las dinastías y sus faraones así como de los puntos de excavación.

Lo escrito en un libro sobre una piedra, escuchada a la media luz del amanecer, excitó mi imaginación y empecé a pensar cómo hablarían en otros tiempos y en otros países. Fue tarea de muchas horas y meses que llevé a cabo muy satisfecho de entrar en aquel amplio campo de erudición. Los libros que había podido reunir en casa sobre Egipto -más de diez-, además de la consulta del volumen XIX de la *Enciclopedia Espasa*, dedicado a ese país, en la Biblioteca de la Real Academia de Farmacia -donde iba con mi padre por las tardes-, me revelaban tal cantidad de información que comprendí excedía mis posibilidades: era una cultura inmensa de muchos siglos de existencia. Y aunque en abril de 1935 redacté un ensayito sobre momificación, me fui distanciando de aquellos estudios tan absorbentes, pero condenados a tener un final.

Perdido el atractivo que representaban los imposibles jeroglíficos, he pensado que el hermetismo de aquellas inscripciones actuó como la mano que me empujara decididamente a mi posterior dedicación a las lenguas. Identifiqué también en mí una personalidad sensible a lo lejano, en un lento proceso íntimo y especialmente solitario, como es siempre el camino interior.

Aquel interés buscó una aplicación que no fuera simplemente satisfacer una curiosidad. Siendo adolescente me puse a estudiar francés y poco después inglés, sin profesores, sólo con alguna gramática escolar y utilizando a la vez las guías para viajeros con frases hechas en ambos idiomas. No supe

lo que era una enseñanza eficaz hasta que me inscribí en el Instituto Británico, donde había excelentes profesores que me encariñaron con las costumbres inglesas y los secretos de su idioma. Allí conocí a personas de ideas liberales y republicanas que me descubrieron otra visión de la realidad.

En los meses que me consagré a los faraones hubo un episodio de especial valor: apareció en casa una máquina de escribir que infundió novedad a mis estudios. Había una portátil que nadie usaba en la entidad donde trabajaba mi padre y se le ocurrió traerla por poco tiempo y animarme a que la utilizara. Aprendí fácilmente el funcionamiento de aquel aparato y me admiró ver aparecer en el papel las letras de molde, igual que si fuera un impreso. Aquello me hizo concebir con mayor seriedad lo que yo escribía sobre el mundo egipcio y me impuse la norma de cuidar la precisión del texto en el par de meses que dispuse de la máquina. Al desaparecer ésta, me encontré con que volvía a usar mi mano para apuntar todo lo que estudiaba, pese a que mi letra no era rápida ni segura y quedaban trazos sin concluir.

Mi pensamiento vuela ahora hacia el tiempo lejano en el que una mujer me coge los dedos, muy blandos y pequeños, de la mano derecha y los coloca de forma que puedan asir un lápiz con el cual apenas trazan en una hoja rayitas verticales. La mujer es alta, gruesa, lleva gafas, sonrío al mirarme y dice palabras cariñosas que no entiendo bien. Esa mujer, que me lleva la mano haciendo «palotes», es una monja exclaustrada, ha colgado los hábitos porque no podía soportar la dura rigidez del convento y se dedica, ya libre, a enseñar a párvulos.

Debo explicar que comencé a leer y a escribir bajo la tutela de dos monjas que dirigían el Colegio franco-español situado en la calle Campoamor de Madrid. La enseñanza fue eficaz, aunque en francés sólo aprendí una frase. El aula era la habitación principal de un primer piso, con dos balcones y varias filas de pupitres que tenían adosado un banquito. Las tapas de los pupitres, dentro de los que todos guardábamos chucherías, se abrían y cerraban sin hacer falta, metiendo mucho ruido, pillando un dedo, con lo que había llantos. La madera de la tapa estaba arañada con manchas varias, alguna letra o un muñeco dibujado con la tinta morada de los tinteros.

De los niños que me rodeaban, conservo una fugaz imagen del que se sentaba a mi lado, Carlitos, incapaz de estarse quieto y callado; distraído por todo, hacía mal sus deberes, se tiraba al suelo, salpicaba de tinta a su

alrededor, se metía la plumilla en la boca... Ya adulto, he encontrado tipos que de niños seguramente fueron iguales al odioso Carlitos.

Pasada allí la mañana, mi padre iba a buscarnos y, como entusiasta de las óperas de Wagner, desde la acera de enfrente silbaba los compases de un aria de *Sigfrido*. Oíamos esta llamada gracias a la escasa circulación de entonces, y mi hermana y yo bajábamos vigilados por una de las monjas.

Acudir a ese colegio se debió a pura casualidad. Mi madre contó que, yendo por la calle, reconoció a dos profesoras del Colegio de Niñas Nobles de Granada, donde ella estuvo interna hasta los catorce años. Le confesaron que una de ellas, la joven, había decidido colgar los hábitos y marcharse; la otra profesora, de más edad, no quiso dejarla sola y se vinieron las dos a Madrid y organizaron el colegio al que mi madre me llevó muy contenta, pues lo aconsejaban mis cinco años, y porque también iría mi hermana, ya que daban clase a niños mayores.

No pondré en duda aquel encuentro, que para mi madre fue casi providencial; lo acepto igual que toda mi familia. En la Antigüedad, parecidos reencuentros se consideraban premonitorios y éste es importante porque, gracias a él, está a mi lado una monja rebelde que me lleva la mano para hacer redondas las vocales. En el fluir del tiempo, mi mano se hace firme, se oscurece la piel, la cruzan venas y secretas arrugas, los dedos se endurecen y así sujetó años y años la sencilla herramienta que sirve para escribir.

Pasado el periodo de la egiptología, otro libro revelador se me presentó por sorpresa y su inesperada aparición le hizo adquirir mayor importancia. Desde el día de su hallazgo fue una parte importantísima de mi pensamiento. Mi admiración ante el nuevo aspecto del jardín nada tuvo que ver con la experiencia singular que yo viví. Fue pura coincidencia que unió el blanco manto que cubrió nuestro barrio y un país que por excelencia se le considera el país de las nieves.

Tenía yo trece años y una mañana vagaba por el jardín esperando distraerme con algo, sin nadie a quien hablar o escuchar. Vi que por debajo de la puerta que daba a la calle alguien introducía un folleto, lo cogí y era la propaganda de una colección nueva de literatura cuyo editor la ofrecía casa por casa, con el texto de una novela titulada *Nido de nobles*, de un autor del que nunca había oído nada, Iván Turguénev. No era un libro, sino un simple

cuaderno de papel muy basto, con deficiente impresión.

Instigado por su aparición, me puse a leerlo sin pérdida de tiempo, y pronto supe que en mis manos tenía un libro de adultos, lo que era una novedad incitante, aunque nada comparable con la sorpresa de cómo llegaba a mi poder, qué mano anónima me lo daba. Su lectura me emocionó. La historia que contaba, los caracteres insospechados de los personajes, las situaciones que afrontaban me parecieron admirables. Me ayudó a la comprensión del argumento un largo comentario, muy bien documentado, sobre Rusia y sobre Iván Turguéniev, que aparecía en la contraportada del folleto y que me dio idea del autor y del ambiente en que creó aquella obra. Supe que era ruso, que había vivido en el siglo XIX y que escribió muchos libros que le hicieron célebre.

Fue ésta una de mis primeras lecturas importantes y que sin duda dejó un rastro en mi posterior vocación, aunque su problemática fuese tan distante de la mía, de mi país y de mi tiempo. Me aportó una riqueza interior que era estímulo y satisfacción. *Nido de nobles* quizá llegaba en el momento preciso de encauzar y acrecentar mi deseo adolescente de saber historias y hallar en ellas las necesarias aclaraciones. Y quiero añadir que no fui yo el único al que asombró la novela porque, como me enteré más tarde, el escritor inglés Ford expresó su admiración en la bella semblanza sobre Turguéniev de *Más fuertes que la espada*: «Desde mi primera edad supe que aquel libro era el más bello jamás escrito». Su madre lo leía y releía con lágrimas de emoción.

Nido de nobles es la novela más autobiográfica de Turguéniev, redactada cuando tenía cuarenta años, tras un conflicto sentimental que pudo influir en el tono melancólico de sus episodios, ya que el núcleo del argumento es la frustración amorosa de Lavretski -tal es el nombre del protagonista-. Se percibe en la obra de Turguéniev una decepción vital que puede ser testimonio de su infancia poco feliz, sometido al autoritarismo y a los castigos de una madre cruel, una juventud errante, su falta de realización en el amor y su busca de libertad al distanciarse de su patria; un conjunto de hechos que introdujo secretamente en sus novelas mediante alusiones que sólo años después los estudiosos han podido interpretar. Por qué *Nido de nobles* tuvo eco en mí, con su problemática tan ajena a un muchacho de mi edad, sigue siendo una pregunta que quedará sin respuesta.

Durante la guerra civil compré en los puestos de libros que se montaban

en el cruce de las calles de Alcalá y Goya una biografía traducida de Turguénev hecha por el escritor francés André Maurois, que leí con verdadera fruición. Por ciertas apreciaciones con las que no me sentía de acuerdo, confirmé mi visión crítica sobre la naturaleza de los amores, que tanto se han idealizado, del ruso y la cantante Pauline Viardot. Se ha creado una especie de mito de amores platónicos por el hecho de convivir él largas temporadas con el matrimonio como un miembro más de la familia. En 1943 decidí dar mi opinión, aunque poco autorizada, sobre la relación entre ambos y escribí un artículo que se publicó en la revista *El Español* el 13 de mayo de ese año y que fue el primero de los míos acerca de un tema ruso. El artículo empezaba así: «Recientemente se ha discutido en estas mismas páginas la intervención de Pauline Viardot en la producción literaria de Iván Turguénev. Se ha dicho que la gran cantante de sangre española fue para él como una constante inspiración a la que correspondió el escritor ruso con un fervor y una admiración sin límites, que le hizo vivir siempre junto a los esposos Viardot, en los que él veía una familia y un hogar que jamás conociera en Rusia».

Ampliar mi conocimiento de la obra de Turguénev se convirtió en un propósito demasiado absorbente si lo confrontamos con las exigencias del vivir práctico. No obstante, me hice socio del Ateneo y, simultaneándolo con mi trabajo en una fábrica de discos, comencé a buscar en su gran biblioteca de fondos franceses del siglo XIX todo lo relacionado con él, con sus viajes, sus amistades y su larga estancia final en París.

Pasaron años y mil ocupaciones suspendían o limitaban el proceso de documentación, hasta que en 1969 di al conjunto de notas una estructura analógica y en ella destacué particularidades psicológicas de Turguénev que no habían sido tratadas por sus grandes biógrafos. Sabiendo que existía en París un estudioso de su obra, y a la par hispanista, Alexandre Zviguilski, me proporcioné su dirección y le escribí. Por su respuesta vi que era el que yo necesitaba y desde aquella fecha, sería 1973, mantuvimos una amistad cordial, muy provechosa en el intercambio de información. Nacido en Francia de padres rusos, Alex fue profesor de lengua y literatura en la universidad e investigó sobre Turguénev y las relaciones de otros rusos en Francia y en Europa. Publicó correspondencias que estaban olvidadas en los archivos, pero su gran mérito fue reconstruir el chalé que Turguénev tenía cerca de París y

en el que murió. Hoy es un museo muy visitado, con todos los recuerdos que se han recuperado del escritor, y donde se dan conciertos de música romántica.

Viví esta vocación como una creencia secreta, igual a la que debieron sentir los librepensadores del siglo XVII perseguidos por la Inquisición. Este factor hizo que me sintiera portador de un pensamiento clandestino que debía ocultarse, incluso para evitar la incomprensión de personas que, aun de ideas amplias, eran ajenas a una Rusia tan distinta.

Charlando con un profesor ruso en uno de los viajes que hice a Moscú como invitado de la Unión de Escritores, le contaba la dificultad de mi investigación por ser materia que parecía incómoda y peligrosa, ya que suscitaba la oposición política a la Rusia soviética, algo que yo debía callar con quien intercambiaba mis ideas. Entonces aquel ruso me dijo algo poético, que para mí era casi una lisonja: que yo había hundido todo mi saber como la ciudad de Kitezh de la leyenda rusa medieval, que ante la amenazadora invasión de los tártaros prefirió hundirse en el fondo de un lago y sólo los seres pacíficos la oían algunas noches si esperaban en el borde de las aguas.

La consecuencia inmediata de aquel hallazgo de *Nido de nobles* fue interesarme por la literatura rusa en general, como deseo previsible de conocer un inmenso territorio, acercarme a su idioma y a la vida de otros escritores. Los escasos libros que estaban al alcance de mi mano ofrecían un dudoso camino de conocimiento, pero me inicié con unas traducciones populares de Dostoyevski y la novela de aventuras del famoso poeta Pushkin, *La hija del capitán*. Me interesé por la obra de Goncharov y su retrato del indolente Oblómov que casi se ha hecho popular, y sin tardar mucho conocí otras novelas de Turguéniev: *Aguas primaverales*, *Asia* y *En vísperas*. Posiblemente estos libros, por las sugerencias que creaban con el dramatismo de sus historias y con sus extraños personajes y costumbres, me abrieron a la comprensión y la aceptación de lo ajeno. También a los testimonios de sufrimientos y de nobles esperanzas, pues tal fue la vida de los rusos que yo conocí, y que la literatura supo reflejar.

También bastantes europeos podrían declararse atraídos por Rusia y su lengua, pues, a lo largo de tantos años, se había convertido en una referencia cultural. Recordaré que Rilke fue un apasionado de Rusia, a la que estudió con fervor y de la que escribe en una carta: «... aquel país que llegó a ser

para mí como una segunda patria». Muchos estudiosos, e incluso sencillamente amantes de la lectura, podrían confesar lo mismo.

Tardé años en escuchar la belleza de la lengua rusa. A nadie oí hablarla hasta la época de la segunda guerra europea, cuando en un aparato de radio pugnaba por sintonizar Radio Moscú, el programa en español, y reconocí los sonidos tan peculiares de su lengua acariciadora, una lengua que Turguéniev en uno de sus poemas califica de «magna, vigorosa, veraz y libre». Pronto empecé a sufrir la falta de métodos didácticos de ruso. En aquellos años era poco discreto pedirlos abiertamente en librerías por el riesgo de ser considerado un agente del comunismo, pues para la dictadura franquista todo lo ruso era supremo enemigo. Necesitaba una buena gramática y la librería Ínsula, que era en Madrid un pequeño círculo de personas liberales, se arriesgó a pedirla a París, con la esperanza de que pasara desapercibida de la censura de los libros importados. Al fin llegó, y por dar una idea de las precauciones habituales entonces, cuando fui a la librería a recogerla, sorprendí en los empleados miradas sorprendidas, casi alarmadas.

Mi penetración en la inventiva rusa fue lenta, por la unidad entre literatura y vida histórica, por la cantidad de personalidades de valía pública, por pasiones poderosas que yo debía admitir. Se hacía lenta esta aceptación de una complejidad opuesta a las limitaciones de mi propio ambiente. Visión idealizada de un mundo literario que correspondía al pasado, a la Rusia que describieron los grandes autores del siglo XIX; por tanto, una visión romántica que me sustraía a mi propia realidad. Tenía algo de nostalgia similar a la de los sentimientos de aquellos rusos que habían huido en 1917 abandonando el país que añoraban.

Debí haber buscado un hogar, pero busqué un país para ser su hijo. No lo encontré hasta tarde, aunque despacio se iba configurando como ideal impreciso que un día aparece con nitidez. Un país donde la nevada cambia todo en un algo maravilloso, puro e inmaculado que cubre la triste verdad del vivir cotidiano. En mí crecían dos almas: el alma de la tristeza y el alma incierta de un salvador anhelo. Dos almas que nada tenían en común, pero que vivían y se superponían: una, como un curso de barro de inútil fluir; la otra, de fugaces brillos en la expectativa inexplicable. No se crea que esta adquisición de valores tuvo una ascensión lógica y ordenada, como un estudio académico. Con el transcurso del tiempo, con la lentitud de toda

conquista intelectual, yo me interesaba por un personaje de novela, tomaba nota de un título, de una frase, de un paisaje, todo lo cual nutría lo que yo calificaba con cierto humor de «Almacén de Moscú». Cómo se desarrolló esta pasión, cómo en completa soledad fui haciendo mío el mundo ruso, constituye una rara aventura intelectual, un largo proceso que colaboró a agudizar el sentir y el percibir.

Después de contemplar aquella tarde el jardín nevado, llegué a la conclusión de que la nieve caída ponía en mi ánimo un acorde de sorpresa y ensueño, quizá como un deseo de que la fría materia pudiera convertirse en un cálido contacto de afecto. Así debí de fantasear un día en el que al revivir la emoción infantil repasando viejos papeles de los que se guardan y se olvidan, me encontré unas hojas con un texto mío. Era el fragmento de un relato escrito a lápiz con letra descuidada, de redacción muy sencilla; en la última hoja había una frase que justificaba el tema: «Escrito una tarde solitaria». Y una fecha que coincidía con mi cumpleaños, en el que cumpliría quince. El título era «El que llega»:

Un coche atraviesa un paisaje nevado y el único pasajero es un hombre carente de toda esperanza que va a una casa que nadie habita.

El coche se detiene ante la puerta; sobre ella hay un escudo de piedra resquebrajada y al entrar se percibe olor a humedad y frío en el interior.

Hace tiempo que está apagado el hogar y la tetera en la alacena espera que alguien la vuelva a usar.

El viajero cierra la puerta y aquella lóbrega casa torna a su silencio helado y él se aleja en el coche por el mismo camino de nieve.

Debió de ser el comienzo, o el final, de un relato que no desarrollé y que no tiene mayor virtud que esa atmósfera patética, probablemente la primera vez que intenté escribir como un adulto. No encuentro un precedente de lectura que me prestase la idea de la casa abandonada. A aquella edad, yo sólo admitía la influencia de *Nido de nobles*, pero Turguéniev ambienta todas sus obras en un clima primaveral o de verano y no en el invierno ruso, que representaba para él «su inhóspita patria».

En una edad temprana, yo había hecho una secreta e inadvertida comunión con países de los que no sabía nada, sino ligeras nociones, y de los que nadie se interesaba en torno mío. Si inicialmente fue una curiosidad, luego se convirtió en un interés, para ir a identificarse con la suerte de aquellas gentes y sentir que la compartía. Al unirme -mentalmente- al destino de aquéllos, sufrí la adversidad ajena, me compadecí de sus calamidades, sentí el peso de las injusticias.

En realidad no soy un eslavista, sino un lector de escrituras eslavas que, por alguna razón, han despertado mi sensibilidad hacia la literatura. Acaso se deba a una predisposición a los valores espirituales que encontré en ellos o a la geografía, que me parecía sugestiva sin conocerla. También a la estructura, al sonido de esas lenguas. Tienen un atractivo poderoso, son bellísimas, muy expresivas. Pero insisto en que mi adhesión a ese mundo quizá se deba a determinados aspectos de la psicología de esos escritores, según los percibo en sus obras. Uno de estos aspectos sería la forma indirecta, alusiva, no explícita, en que se ofrecen las propuestas; por ejemplo, Chéjov, en la mayoría de sus cuentos. El lector debe relacionar e interpretar los datos, un método que ya a fines de 1840 utilizó Turguéniev en *Memorias de un cazador*. Otro aspecto sería la presencia de la naturaleza en los estados de ánimo; el corazón ruso está presente en todos sus novelistas.

De tiempo en tiempo vuelvo a Chéjov. Leo algo referente a su vida o repaso *La gaviota* y encuentro una resonancia en mi interior, una semejanza extraña: pequeños rasgos biográficos, episodios, actitud ante los otros, distancia afectiva, melancolía. Es casi extravagante que yo quiera establecer este parecido, pero ése es el gran poder de la literatura: transmitir un mensaje velado y alusivo para que un receptor ignorado pueda entender su propia vida e identificarse. La puerta de acceso a una obra es sentir que algo de ella es nuestro. Por descontado, no es un buen método conocer un país a través de libros de ficción, pero mi interés por el mundo ruso se satisfacía leyendo obras que trataban de infinidad de temas importantes y su peculiaridad servía incluso para interpretar problemas del ámbito vital.

En mi libro *Desde los bosques nevados* me propuse abrir un gran espacio de riqueza literaria para suscitar interés por los escritores rusos y sus obras, que a mí me admiraron no sólo por sus matices emocionales sino por su gran creatividad, por una sorprendente unidad en la tradición, por la creación de

los temas, su lengua, su ética, su vinculación con la cultura. También por la ciudad, y esas costumbres centenarias que al ser rechazadas inspiran la actitud decidida, adelantada, de poner luz sobre el sometimiento de la mujer en la sociedad. He querido destacar que es una literatura dinámica, vivaz, en la que los hechos históricos crean efectos psicológicos y el paisaje influye en la emotividad.

Desde que, hacia 1890, Fiódor Dostoyevski fue conocido en los países de Occidente, para muchos europeos la imagen de Rusia se fundió con los aspectos más atormentados y extraños de los personajes que pueblan sus novelas, como *Crimen y castigo*, *El Idiota* o *Los hermanos Karamázov*. Se atribuyó al enorme país ruso la caracterización anómala de la inventiva dostoyevskiana. Y precisamente el término dostoyevskiano vino a designar un clima de confusión psíquica, de angustias morales, de sombrías relaciones entre almas con dolorosas contradicciones.

Varias razones hicieron que mantuviese ese amor por Rusia a través de sus escritores y de los cuadros de sus paisajistas, de las fotografías de diversa procedencia, la información periodística y los comentarios de viajeros. Mi imaginación iba formando una geografía convencional de todas las estepas, bosques de abedules, lentos ríos, humildes casas de madera y monasterios con sus cúpulas doradas. Esta tópica constelación de elementos más o menos auténticos, me mantuvo interesado e incluso me sustrajo de mi propia realidad. Y sus personajes singulares, de muy secreta complejidad en sus pasiones extremas, se hacían accesibles al lector, como si fuesen no leídos o imaginados, sino habitantes de un círculo próximo.

Acaso contribuyeron a dirigir mi atención hacia el mundo ruso los festejos con que Madrid celebró el 20 aniversario de la Revolución de Octubre. En la ciudad sitiada por las fuerzas franquistas, bombardeada y hambrienta, en 1937, se alzaron grandes carteles, los alumnos de Bellas Artes decoraron fachadas de edificios y los periódicos publicaron trabajos sobre los acontecimientos y sobre escritores soviéticos. Viví en Madrid todos los meses del asedio y recuerdo que en una de las postales de Moscú que alguien me mostró aparecía una entrada al *metro*. Por primera vez veía una palabra en cirílico, pues nunca había encontrado un texto en ruso; me fijé en las letras con valor fonético distinto a las latinas y quizás en aquel momento quedaron mis ojos retenidos en un alfabeto que después me fue familiar.

Ahora, al escribir sobre esta experiencia, he recordado otra ocurrida años después. Había acabado la guerra civil. Era 1939. Fui al pueblo de mi familia, en la provincia de Salamanca, y una mañana en la oficina de correos entablé conversación con una joven desconocida, de la que luego me contaron que era hija de un maestro comunista que había sufrido cárcel y persecución. Hablamos de libros y me preguntó si había leído *La semana* de Libedinski. La había leído, pero no llegué a entenderla, a comprender su lección revolucionaria, y le contesté que no me había gustado. Ella, con un gesto de extrañeza, protestó y se puso a elogiarla; me habló de la maestra, un personaje de la novela que le parecía admirable. Recuerdo su interés y su valentía al exaltar este libro -que entonces era hasta peligroso mencionar-. Me satisface pensar que perdura este entusiasmo y también que yo no era el único en aquellos, ya muy distantes, años que buscaba refugio en libros de un país lejano.

II

**CRUZO POR LUGARES DE OTROS TIEMPOS APENAS
HABITADOS**

Como el tiempo marcha veloz e incontenible hacia su refugio que es el olvido, sucedió que un día abandonamos el chalé y el cuartito de la infancia del barrio de Prosperidad. Se arrancaron las dos láminas clavadas en la pared, se metieron libros en cajas y se dejaron juguetes, cuadernos, algún mueble de tamaño infantil y muchos dibujos hechos con lápiz. Se entornaron las contraventanas de madera, se apagó la incómoda bombilla que pendía del techo, la puerta se cerró y el espacio que por unos años me había sido asignado fue ya un periodo entregado al recuerdo.

Al marcharnos de aquella casa, salieron las adquisiciones que en buena medida formaron lo que ahora soy. Me acompañaba un caudal de experiencias, muchas singulares, resultado lógico de mi aislamiento: no jugué con otros niños ni tuve amigos de mi edad ni traté en años a personas ajenas a mi familia y muchas jornadas apenas pronunciaría una docena de palabras. Aquel tiempo, por un segundo, me ha parecido una época dulce y de juventud, revestida de sueños, recubiertos con ellos los grandes vacíos, la inllevable soledad. Pude imaginar la frase, que aún no había leído, del polaco Oscar Milosz: «Bienvenida seas, soledad, madre mía».

Ya no viviría en un hotelito solitario. De ahora en adelante sería en el piso 4.º de una casa muy poblada, donde me rodearían personas desconocidas, de cuyos sentimientos nada sabría, que subían y bajaban en el ascensor sin mirar ni hablar. Allí tuve un dormitorio de escasa luz, con un armario para la ropa, no para libros. Se imponía una nueva realidad que coincidía con sucesos muy significativos, que se cernían como el preludio de una impresionante sinfonía.

Había ocurrido la guerra de Marruecos y luego la proclamación de la República, que trajo luchas políticas y un desequilibrio económico. Todo lo conocía por comentarios de mis padres, a través de los periódicos que poco a poco atrajeron mi curiosidad y de la radio que escuché mucho. Todo me inspiraba el recelo de que la conmoción callejera alcanzase el límite del área familiar. Pasaron tres o cuatro años y sobrevino la sublevación de los generales de Marruecos... pero me abstengo de comentar este periodo, una tarea que ya realizan los historiadores.

Terribles años los que viví en Bravo Murillo, desde el otoño del 35, en que nos mudamos, hasta 1947. Allí pasé los tres años de guerra, más de uno encerrado en el piso sin poder salir por no tener documentación. Atravesé aquella época bajo una presión negativa que me aportó bien poco, salvo la crisis de ideas que vino a modificar las que había recibido del pensamiento paterno. Pasó el tiempo que duró el cerco de Madrid como si bruscamente la vida fuera algo ajeno, inesperado y hostil. Sobrevenían los conflictos inherentes a una guerra: la destrucción de viviendas, la falta de alimentos, los peligros por bombardeos y por la persecución política. Cuando los combates se aproximaron a la capital se evacuó a miles de personas de los barrios con mayor peligro. En muchas calles se levantaron parapetos utilizando los adoquines del pavimento. El frente llegó a estar en lugares tan queridos y pacíficos como el Parque del Oeste o la Casa de Campo. La radio transmitía llamamientos para tranquilizar a la población y se advertía a los tranviarios que siguieran circulando con las luces apagadas. A todas horas sobre la ciudad vibraba la bóveda invisible del tableteo de las ametralladoras, el estampido de los morteros y el ronquido de la aviación con sus bombardeos.

La época inducía a temeridades, y ahora reconozco haber andado por Madrid cuando los llamados «obuses» caían en cualquier barrio. No paraban de disparar los cañones de los franquistas colocados en la altura del monte Garabitas de la Casa de Campo, desde la que se dominaba el centro de Madrid. Yo iba de un lado a otro con un abrigo raído y unas botas prestadas para no parecer un burgués sospechoso, pero llevaba en el bolsillo un carné de colaborador de la Cruz Roja, imprescindible para circular por la calle si la patrulla del control militar pedía identificarme. Carné que me pudo conseguir mi padre, que pertenecía al hospital de la Cruz Roja.

Ése fue el Madrid que yo descubrí en la singularidad de la guerra y me aficioné a recorrer sus calles y comprobar en las casas los destrozos en fachadas, en balcones, en cornisas y remates de los tejados. Era una travesía entre montañas de escombros y charcos formados por la rotura de las cañerías, ante casas semidestruidas, cortadas de arriba abajo por una bomba. Los vecinos ayudaban a sacar a heridos y muertos entre las ruinas y sus cuerpos se alineaban en la acera a la espera de las ambulancias. Había que sortear los hoyos que abrían en el pavimento los proyectiles que no estallaban en las fachadas y algún esqueleto de camión o coche que había ardido y la

súbita alarma si una bala perdida alcanzaba a alguien y éste caía al suelo dando un grito o se desplomaba en silencio. En tan lamentables circunstancias se ponía a prueba la sensibilidad de cualquiera. No fue extraño que en el metro, por seguridad el transporte obligado, se vieran personas llorando. Yo también lloré, una tarde de mucho frío y hambre desesperada. Afortunadamente nadie de mi casa me sorprendió en aquel momento de debilidad.

Lo asombroso es que la vida ciudadana en el Madrid sitiado continuó pese a tantos desastres: funcionaban el metro, los teatros, los hospitales, la recogida de basura. La actividad de los distintos partidos políticos se demuestra al publicarse ocho diarios por la mañana y siete por la tarde. Bastantes tiendas seguían abiertas, aunque apenas pudieran ofrecer artículos a una población que seguía siendo considerable, necesitada de todo.

De Madrid fueron evacuadas miles de personas por la única carretera que la unía a la zona de Levante. De Madrid salió el Gobierno, oficinas ministeriales, personalidades culturales, científicos y escritores llevados a pueblos valencianos para salvarles de los riesgos en la capital. Igual se hizo con los cuadros más valiosos del Museo del Prado, ya que muy cerca cayeron bombas incendiarias.

Mis visitas a los puestos de libros de Claudio Moyano, que siguieron abiertos, o a las librerías de San Bernardo, y las largas caminatas, me hicieron descubrir Madrid, su diversidad y su aspecto, entonces antiguo: las casas construidas hace doscientos años que se conservaban y eran habitadas, los anticuados comercios populares en los barrios del centro y las calles estrechas de pavimento primitivo. Y el alumbrado de gas que, en tiempo de paz, un empleado iba encendiendo en cada farola al anochecer. Los cafés mantuvieron sus nombres; así el Café de las Antillas en la Plaza Mayor correspondía a la época en que España tenía presencia en el mar antillano, hasta 1898. Cafés que, pese a su modestia, eran acogedores.

Todo cuanto en aquellos tres años de la guerra civil oí, vi con mis ojos y me contaron, pasó al gran almacén de la memoria y allí quedó en sus líneas fundamentales. Pero la maravillosa retentiva de los tejidos cerebrales guardó detalles insignificantes que de pronto se presentaban en la conciencia. Los impactos dolorosos en los sentimientos de un adolescente se fueron cerrando con el tiempo, su enjuiciamiento se hizo más sereno, ecuánime y pudieron

asumirse como experiencias propias de la existencia.

Debieron transcurrir veinte o veinticinco años para que se presentasen como tema y materia literaria. Me interesaron aquellas circunstancias, haber sufrido el impulso de salvación y el perdurable amor. En la ciudad caótica imaginé relatos con su carga patética y así me entregué a esa tarea de resucitar historias a la par que invenciones, obviamente dedicadas a los habitantes de la capital sitiada. Constituyeron los tres volúmenes que forman *La trilogía de la guerra civil* con los títulos *Largo noviembre de Madrid*, *La tierra será un paraíso* y *Capital de la gloria*, que aparecieron en 1980, 1983 y 2003.

Pienso que me gustaría haber vivido en otra época, no en aquellos años de los que nadie quiere acordarse, los de tantos sufrimientos, pero también del mérito de los que, al borde de hundirse, tomaban decisiones muy arriesgadas y las llevaban a cabo pese a todo. Eso me dio la idea de fuerza, y se necesita fuerza para vivir.

Cruzo por lugares de otros tiempos apenas habitados y miro construcciones medio ruinosas pero en las que aún se podría vivir. En sueños lamento que sean demolidas, igual que en la vigilia me desagrada enterarme de que desaparezcan los rastros interesantes y significativos de épocas pasadas. Sueño insistente pero nada angustioso y casi entrañable, como aquellos recortables que se hacían en los años infantiles. Muchas impresiones, esta vez visuales, afectaban a mi sensibilidad ante la revelación de perspectivas muy sugerentes de Madrid. En ellas se forja -creo yo- la unidad con el medio en que nacemos, esa identificación con las ciudades, como si misteriosamente la materia hermanase la personalidad de sus habitantes. Mi entendimiento con la ciudad natal se acentuó hasta el punto de que cuando pensaba en algunos lugares, ya fueran partes de una calle o plaza, me sentía complacido, confortado y gustoso; y me transmitía una sensación de seguridad equivalente a la de un espacio protegido, pese a ser todo como un relámpago.

Este periodo me dejó la admiración por la belleza de los edificios madrileños y la satisfacción por la comodidad de los interiores. Alguna vez he recordado el nombre de calles sólo por el aspecto de sus edificios. Y esta sensibilidad callejera ha culminado hasta tener sueños, años después, que se desarrollan en barrios y casas con aspecto antiguo. También comprendí que

Madrid no era únicamente la ciudad más o menos ordenada del centro, sino el ámbito de los arrabales, «las afueras», como un anillo circundante en que se fundían solares medio urbanizados, descampados áridos, cultivos de cereales, las chabolas de los traperos y los desheredados que pronto denunciaron su origen social y su situación injusta.

En época tan insegura como la de una guerra, se convivía con peripecias dolorosas y anécdotas triviales. Y una de éstas fue lo ocurrido a una lejana sobrina de mi madre, que tuvo que abandonar su casa por estar situada en el tan bombardeado y destruido barrio de Argüelles. Al saber que quedaba sola, se le proporcionó habitación en casa. Persona rara, de unos cuarenta años, con cierta cultura, sabía dibujo, hablaba francés, se interesaba por el espiritismo y con frecuencia salía a la calle y estaba fuera muchas horas.

Pasaron semanas, empezaron los fríos en los últimos meses de la guerra y mi madre le buscó en una modista un abrigo fuerte que empezó a usar. Un día se lo puso al revés y le arrancó los botones; así hacía su vida independiente. Bien es verdad que entonces faltaba ropa, los trajes se desgastaban y cada cual vestía a su acomodo.

Por puro azar llegó a oídos de mi madre lo que maltraía a su sobrina: iba insistentemente a casa de una mujer y allí tenía duras exigencias. No era saber mucho, pero se convirtió en alarma cuando se enteró de algo más -y esto entonces era muy secreto e incómodo-: que lo que exigía era puro amor. Lo que hoy supone un impulso natural, hace sesenta o setenta años no convenía mencionarlo.

La preocupación de mi madre se acrecentó al darse cuenta de que su sobrina vestía con ropas extrañas. Una tarde salió de su habitación con una chaqueta de las que usaban los combatientes, a la que había hecho tales modificaciones que bastarían para deshonar al soldado que la usara. Comprobamos a la vez que endurecía su semblante con gestos irritados y expresiones autoritarias.

Mi madre, con su benévolo carácter andaluz, procuró quitar importancia a estas modas y a su entrar y salir, aunque las calles eran peligrosas y no se aconsejaba pisarlas después del atardecer. Ella nos contó el recuerdo que guardaba de la sobrina: cuando era niña, su padre, militar, le había comprado un caballito de juguete para que lo montase y así lo hacía ella mientras escuchaba arengas paternas que elogiaban al ejército francés y a Napoleón, y

cariñosamente llamaba a la niña «mi francesito». Recuerdos a los que sin saber entonces nosotros nada de psicoanálisis les atribuimos la altivez de algunas frases que se le escapaban con la mirada ausente: «Lo que yo me propongo lo consigo», «no sabe quién soy yo» o bien, «a mí no me torea nadie», y esto un día tras otro.

Los asuntos de la sobrina empeoraron, fue expulsada de una casa y se sentó a la puerta, dispuesta a no reconocer su derrota.

Donde yo vine al mundo fue en esa plaza de Bilbao a la que se cambió el nombre por el de Vázquez de Mella, y en la que viví hasta los cinco años. El fondo de la plaza lo cierran dos casas grandes, iguales, con fachada de balcones; en la que hace esquina con San Bartolomé, en su piso último, nací a las doce de un mediodía. La plaza fue urbanizada años después con un jardín con árboles y algún macizo de flores. Me asomaba al balcón con frecuencia y un día aprendí algo nuevo. Miré hacia la derecha, a las viejas casas de la Costanilla de Capuchinos, delante de una de ellas había un grupo de personas y un coche negro de caballos. Oí decir detrás de mí: es un entierro, alguien ha muerto. Entonces el grupo en la calle tomó importancia, me pareció que aumentaban de estatura, todos de espaldas miraban la casa; el sol les daba a plena luz, pero la boca del portal era negra. Me volví, y a mi padre que estaba próximo le pregunté qué era un entierro; él hizo unos gestos, movió la mano como si espantase una mosca y señaló hacia fuera, a la plaza, en una indicación vaga, pero muy clara.

A ese jardín bajó mi padre el perrito de mi madre cuando éste murió. Dio una propina al guarda que siempre estaba en su garita con la manguera de regar y él lo enterró en un macizo entre los geranios. Todos sabíamos el cariño por los perros que sentía mi madre, aunque después de esta muerte no quiso tener otro, tanto había sufrido. Una vez, siendo niños mi hermana y yo, al elogiar nuestro aspecto, dijo: «Sois como dos perritos ingleses».

Aunque había pasado tiempo de esto y apenas recordaba lo ocurrido al pobre animal, me percaté de que las personas que esperaban inmóviles iban a enterrar a un muerto. Lo pondrían en una zanja hecha en la tierra y allí se quedaría como le pasó al perrito. Recordaba que mi madre lloraba en el balcón mirando lo que pasaba en la plaza y supe lo que era el entierro de una persona y la muerte.

A mis cuarenta años advertí que estaban demoliendo la casa de mi

nacimiento y que todo iba a desaparecer; la memoria no, sobrevive. Y vuelvo a ver al perro de lanas y oigo la voz de mi madre como era entonces, y también al final de su vida, unos días en que lentamente fue extinguiéndose sin enfermedad, en la cama, con los ojos cerrados. Estaba junto a ella, le decía algo de vez en cuando para que me oyera y se supiera acompañada, y a veces hablaba.

Una tarde, con voz apagada me confesó lo que nunca había contado en familia: la noche antes de que yo naciera, en la casa todos estaban acostados pero ella, despierta, oyó en el pasillo, cerca de la puerta del dormitorio, unos pasos que se aproximaban: eran de nadie, a nadie pertenecían. Hablaba con tranquilidad y recordaba a su hermano que había muerto un 24 de enero de tuberculosis en Granada, unos años antes de que yo naciera otro 24 de enero. La revelación de aquellos pasos nocturnos me sorprendió por su novedad: ella deseó que en sus últimas horas yo lo supiera. Hay en la vida instantes, sentimientos, escribió Turguéniev, en que no es posible sino mostrarlos con un gesto y pasar adelante.

La entrada en las vastas comarcas de la juventud me proporcionó el conocimiento de muchas personas. Algunas persistieron como posibles amigos, y lo fueron; otras perdían significación y al poco tiempo se eclipsaban. El interés de estos conocimientos me llevó a desear conservar su memoria, tanto su fisonomía como los rasgos peculiares y sus formas de reaccionar ante las circunstancias de aquel tiempo.

Compré un cuaderno no muy grande, de tapas color gris y con bastantes páginas, ya que me proponía hacer un registro de los amigos que iban apareciendo. El cuaderno se inició con este fin y formé una especie de catálogo afectivo; hice apuntes de acontecimientos de la vida cotidiana, lógicamente aquellos que me parecían dignos de retenerlos, ya que por algún motivo me habían producido un impacto. Pronto las fricciones del tiempo atemperaron el encanto de los amigos, poco a poco el cuaderno no fue solicitado, dejó de ser archivo confidencial y durante muchos años lo conservé junto a papeles personales casi olvidados.

Transcurrida casi una vida, en cierta ocasión precisé recuperar un dato y lo busqué en el cuaderno. Pasé las hojas y, ante mi desolación, comprobé que apenas podía ver mis notas; todo se había esfumado, el ligero trazo del lápiz era invisible con el paso de los años. No quedaban frases enteras, sólo unas

fechas, sólo unos nombres se salvaban de todo lo escrito. Comencé a reconstruir el antiguo texto, trabajo casi parecido al de los egiptólogos interpretando los jeroglíficos. Uniendo fragmentos desvaídos pude recuperar una parte de mi memoria adolescente y en una página borrosa hallé el nombre de Ezequiel, un amigo de la juventud al que debo rendir todos los honores, pues su influencia en mi vida no es equivalente a la de ninguna otra persona. En la breve amistad que mantuvimos, y sin que él fuera consciente de ello, me abrió caminos importantísimos para mi progresión personal y después desapareció de mi vida.

Alguien me propuso conocer a un estudiante de Filosofía y Letras que era poeta y buen conversador. Acepté y nos encontramos en la Ciudad Universitaria, en aquella facultad recién reconstruida de lo mucho que sufrió en la guerra civil, y donde yo me había matriculado por libre en varios cursos. Nos pusimos a charlar, era un tipo delgado, muy vivo y simpático, muy imaginativo. Tras su gesto irónico había un fondo de madurez que me gustó, quizá por un ligero trac que detenía el inicio de sus frases y parecía ser una vacilación por lo que iba a decir.

Al hablar de libros, acabé por contarle mis desafortunadas lecturas de entonces, una de ellas referente a la invasión de Europa en el siglo XIII por los pueblos mongoles. Me había extrañado que este ejército considerado bárbaro llevara consigo escribientes chinos que levantaban censos de las riquezas de las ciudades rusas conquistadas. A nadie había hecho partícipe de estas lecturas mías, cuando vi la extrañeza de Ezequiel ante lo que le contaba. Como tantos otros, le gustaba descubrir y llegar al núcleo de la singularidad, a ciertos rasgos que le diferenciaban. Su gesto de interés fue un estímulo. La amistad se estableció, aunque debió considerarme un tipo algo estafalario.

Un día se le ocurrió llevarme a una tertulia cuyos asistentes le habían parecido miembros de un grupo secreto. Acudimos un domingo por la mañana a un café en el comienzo de la calle de Narváez, y nos encontramos con una tertulia de gente que consideré de aspecto muy normal, que en nada hacía pensar en una reunión sospechosa. Cuando me fijé en quiénes tenía delante, lo que me sorprendió fue la variedad de edades y de tipos allí reunidos, de rostros que se volvían y nos miraban con atención. Hombres y mujeres de cierta edad, una señora muy maquillada, con un vestido llamativo, un muchacho que parecía obrero, dos tipos jóvenes elegantes, con corbatas de

lazo y el bigote lineal que estaba de moda entonces.

No sé cómo mi amigo explicó nuestra presencia, pero el caso es que nos sentaron en el círculo de sillas, intercambiamos sonrisas y pedimos al camarero nuestro café. Nos recibieron con una ligera desconfianza, pero al saber que éramos estudiantes y quizás al percatarse de que no pertenecíamos a la Brigada Político-Social siguieron sus conversaciones libremente.

Mi sorpresa fue grande al oír que allí se hablaba de temas relacionados con las corrientes del pensamiento oriental y se mencionaban personalidades y autores extranjeros. Un joven que estaba cerca de nosotros comentaba con otros una obra sobre los comienzos del cristianismo y varios intervinieron. Las conversaciones se anudaban fácilmente cuando alguno sugería un tema que le había atraído; se hablaba de religiones que se comparaban entre sí y de prácticas exóticas: unos comentaban las costumbres tibetanas, otros la doctrina de Buda en Japón. Finalmente supe que aquellas personas eran teósofos, los restos de la disuelta Sociedad Teosófica acusada por el régimen franquista de peligrosa secta masónica y a la que se había perseguido hasta el extremo de fusilar a su secretario, un anciano casi paralítico.

Volví otros domingos a la tertulia, en gran parte curioso de las ideas de aquellas personas muy idealistas, demócratas convencidos y de trato cordial. Establecí relación con un tertuliano muy versado en tales doctrinas, un funcionario modesto, de muchas lecturas. Se llamaba Heraclio y me explicó que la teosofía consideraba justas e iguales todas las religiones y si se comparaban descubrían su semejanza. Nunca antes había oído éste concepto. No me hizo falta más para comprender que éste era motivo suficiente para que fueran perseguidos por quienes imponían la suya como la única religión verdadera. Heraclio, hombre reflexivo y bondadoso, era respetado por aquel conjunto de soñadores, partidarios activos de la tolerancia, la igualdad de sexos y la no violencia, cualidades que en aquellos años era muy deseable que imperasen en nuestro país.

Cuando me enteré de lo que unía a los miembros de la tertulia intuí que sufrían el oscurantismo del ambiente y las penalidades peculiares de entonces: aislamiento, miedo, deseos quiméricos irrealizables. Un joven me confesó que pretendía crear una escuela de filosofía para que sus discípulos fueran los iniciadores de nuevas concepciones espirituales. Escuché a un ciego corpulento, aunque de voz casi imperceptible, que se ejercitaba en

percibir a distancia objetos o personas por la radiación. Había también quien se dedicaba a estudiar proyectos secretos de la naturaleza, como transmisión del pensamiento, sueños premonitorios, radiaciones humanas, quiromancia, pero todos rechazaban la práctica del espiritismo como inútil y morbosa.

Uno de los asistentes me llamó la atención por su vestir correcto. Le acompañaba su mujer, que guardaba silencio. Me contó que le atraían las posibilidades del zodiaco y que tomaba notas de un erudito en horóscopos que era su maestro. Lo simultaneaba con la gerencia de una empresa. Hablamos de la pretendida influencia de los astros en los mortales, mantuvimos opiniones diferentes, estrechamos la amistad y comprobé que discutía con serenidad y que igual era su carácter. Pasados unos meses me propuso trabajar con él de asesor.

Yo escuchaba atentamente sus teorías y comparaba el Madrid de aquellos meses, desolado, hambriento y con urgentes necesidades de todo tipo, con aquella utopía de unos estudios teológicos de fuentes orientales, y no había posible relación, pero lo aceptaba como una compensación a las frustraciones. Pronto dejé de acudir a esa tertulia porque coincidí con unos amigos de Ezequiel que eran profesores de literatura y se reunían en un café próximo a la Puerta del Sol, donde hablaban de sus clases y comentaban los libros que iban apareciendo. A mí no me podía atraer el círculo mágico del misticismo, porque en mi maduración ideológica había adquirido una visión materialista del áspero mundo en el que debía situarme.



LA VISIÓN DEL ESTE COMO UN SUEÑO, UNA IRREALIDAD

No necesito aclarar que las miradas encendidas de aquellos tertulianos hacia el esplendor y los secretos del Lejano Oriente no influyeron en mí, pues ya desde niño había sentido curiosidad por otros países. Antes de mi fijación por aquello tan ignorado como Rusia y el libro de Turguéniev, me aventuro a creer que mi atracción por lo que había en el ancho mundo se debía a las historietas en periódicos infantiles, que tenían un sello inequívoco de estar dibujadas en el extranjero; incluso las viñetas sobre las aventuras del gato Félix reproducían ambientes que no eran los que yo conocía. También las novelas de aventuras, cuyos exóticos escenarios me familiarizaron con geografías y ciudades, me descubrieron un mundo lejano de sorpresas.

Lecturas diversas me hacían viajar y distanciarme de lo que era mi núcleo natal. No llegué a vincularme a tópicos determinantes nacionales, no hice míos los toros, el flamenco, la jactancia, los regocijos y los enfados extremos. No quiere decir esto que desdeñase lo español, pues en España he vivido y de ella me he nutrido con figuras españolas de máximo valor, en una geografía portentosa, por la inagotable variedad. Pero a partir de que mi interés por las lenguas comenzase y me sintiera marginal, he dedicado muchas horas a otras naciones; su historia y cultura despertaban mi adhesión. Leer en la lengua propia y en otras era alejarme de algo que no me satisfacía plenamente y buscar un sustituto en espacios más amplios. En las páginas de los libros perseguía, sin saberlo, unos compañeros, una casa, una ciudad o una forma de vivir; todo lo cual, como se descubría pasados los años, era la conciencia de una patria determinada e identificada.

La ya mencionada seducción de los idiomas, que empezó por el francés y el inglés rudimentariamente estudiados, me parecía puro entretenimiento. Al principio creí que se trataba de retener palabras y gramática, más tarde advertí que la razón de aquel trabajo era comunicarme y entenderme con personas de otros países.

¿Quién habría podido transmitirme el entendimiento de un país a través de su literatura? Solamente Rafael Cansinos Assens. Fue un gran traductor de las lenguas más diversas y de obras clásicas. Conocido igualmente como

novelista y crítico literario de renombre, ya desde primeros años del siglo XX, fue una figura singular. Especial consideración sentía yo hacia su trabajo con el idioma de mis favoritos Tolstói, Turguéniev, Gorki, Andréiev y su esfuerzo con la obra completa de Dostoyevski.

Visité a Cansinos Assens en sus últimos años, cuando ya era muy mayor, pero aún mantenía conocimiento de las lenguas que había dominado y el recuerdo del movimiento literario de los primeros años del siglo XX. Permanecía en un digno aislamiento, ya que por sus antecedentes de librepensador fue acosado y perseguido. También es cierto que habían cambiado las costumbres de la vida literaria madrileña, que en gran parte se gestaban en las tertulias de cafés como El Comercial, en la glorieta de Bilbao, que era el preferido de Cansinos.

He sentido la necesidad de estar acompañado en los estudios lingüísticos, aunque no era fácil, fuera del ámbito universitario, así que esa inclinación o pasión fue cumpliéndose en el habitual aislamiento. En un estudio que se basa en la comunicación con iguales, era lógico intercambiar enseñanzas o simples comentarios, pero, para una afición como la mía, no encontré a nadie o no supe buscarlo. Y sólo tuve ante mí el perfil admirable de quien, a lo largo de años, se había dado a estudiar lenguas y era un verdadero políglota. Mirado con desconfianza por no ocultar sus ideas laicas y republicanas, se le había apartado pese a ser un literato de renombre.

Mirando en el mapa de Europa el área de su extensión oriental, que se cierra con la frontera de Rusia, localicé los nombres de Varsovia, Praga, Cracovia y Bucarest, que me sugerían la historia antigua y la oleada de acero que las atravesó en la guerra contra la Alemania nazi. Eran países que se defendieron con heroísmo, y por admiración y simpatía los elegí; sin mucho dudar, decidí estudiar sus idiomas: así, el húngaro, para el que conté con una gramática en inglés que había en la Biblioteca Nacional, donde obtuve tarjeta de lector a los catorce años.

Pacientemente traduje al castellano y pasé a un cuaderno las complejas reglas sintácticas de aquellas lenguas, tan diferentes a las occidentales. Al cabo de algún tiempo de esta ardua tarea en los pupitres de la Nacional, reconocí mis pocos avances en memorizar la frase húngara que, sin un asesor, entrañaba dificultades insuperables. Decidí consultar a alguien que conociera idiomas y la única persona en todo Madrid a la que podía recurrir fue un

redactor del diario *ABC*, que se ocupaba de la información internacional y que precisamente era húngaro.

Aquel señor me recibió amablemente, supongo que sorprendido de mi llamada al teléfono sin conocernos y también de que un joven español se interesara por su idioma. Enseguida me dijo que el húngaro se consideraba una de las lenguas más difíciles del mundo, junto con la de los pieles rojas de Estados Unidos, y que, aun disponiendo de un buen profesor, tardaría años en dominarla. Me habló de su asombro al llegar a España y observar la indiferencia de las personas cultas por lo extranjero, a excepción de París. Según él, los únicos que habían estudiado y viajado con provecho eran la minoría de la Institución Libre de Enseñanza. Le confesé mi desaliento, y a la vez mi curiosidad por lenguas que, en general, a nadie interesaban, lo cual le llevó a hacerme confidencias. Me contó que nadie le había sabido enumerar los nombres de las capitales de las naciones latinoamericanas.

Salí apesadumbrado de la entrevista y del tiempo que había consagrado a copiar aquella gramática, que iba a caer al olvido como tantas decisiones equivocadas. Dispuesto a encontrar otro horizonte lingüístico más accesible, un día el mapa de Europa me ofreció un suave color verde que ostentaba el nombre de Rumanía.

No resistí a la tentación y otra vez recurrí al fichero de la Biblioteca Nacional, que me proporcionó un manual de la lengua rumana para italianos, una dificultad que no me preocupó, pues ya me había matriculado en el Instituto Italiano de Cultura e iba a sus clases. A usar aquella gramática publicada en Milán en 1908 no podía oponer reparos. Entonces era imposible conseguir algo parecido en las librerías de Madrid y menos aún pedirlo al extranjero. Total, que tuve que hacer una nueva transcripción de aquel texto en un nuevo cuaderno, un trabajo que duró unas cuantas semanas.

Fue fácil su estudio y avancé gozando de una lengua latina clara, apasionante. Era muy parecida a la nuestra, lo que se debía a que la Roma imperial había conquistado los territorios de aquel límite de Europa, llamado la Dacia, con unas legiones formadas por miembros en buena parte procedentes de Iberia que hablaban un latín con características locales que acabarían formando la lengua castellana. Evolución muy distante pero muy parecida: el rumano que se hablaba en la frontera de Oriente tenía en su base el latín, igual que el italiano, el catalán o el portugués. Tuve asimismo la

suerte de conocer al agregado cultural de la embajada rumana en Madrid, que me facilitó revistas y periódicos atrasados, y pude ejercitarme así en el lenguaje funcional de la prensa.

Todo lo que yo estudié durante meses sobre las naciones de la Europa oriental me animó a una decisión que requería cierta audacia. Me enteré de que se había creado una editorial que proyectaba publicar libros sobre temas internacionales. Sin otra información, me presenté una mañana en su oficina, un despacho modesto, donde había tres señores que escucharon mi oferta en silencio. Yo les propuse un texto que describiera el conflicto en territorios entre Rusia y Hungría, un asunto de actualidad entonces, a mediados de 1944, en que la Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin.

Aquellos señores aceptaron; se firmó contrato, me pagarían a la entrega del original 100 pesetas. Me puse a trabajar y el libro se publicó a los pocos meses con el título de *Hungría y Rusia en el Danubio*. Para mí fue un espaldarazo, y muy satisfecho les ofrecí un nuevo original, esta vez titulado *La historia y la política de Bulgaria*. Pensé dedicar una parte a informar sobre la trayectoria de su política contemporánea, dado que aquí nadie sabía de su independencia del dominio turco. Así lo creyeron también los editores y con los mismos honorarios que el anterior trabajo, le dediqué buena parte de mi tiempo. Lo concluí en 1944 y obtuvo alguna crítica favorable en la prensa de entonces.

Ambos libros eran fundamentalmente de divulgación, con infinidad de datos, con menciones esquemáticas de hechos que habrían necesitado versión más detallada. No obstante estas limitaciones, me proporcionó cierta confianza en mis fuerzas y me predispuso a nuevos proyectos.

Sin tardar preparé un tercer libro acerca de los países con una gran unidad lingüística y política y esta vez se lo ofrecí a un editor de ideas liberales que cuando leyó el texto me dijo que lo aceptaba y que estaba extrañado de mi interés por una materia que consideraba novedad. Lo presentó a la censura y no obtuvo el permiso de edición. Para devolverme el original me citó en la esquina de una calle; advertí que había tenido miedo de relacionarse conmigo por lo que hubieran podido decirle en la censura.

No acepté fallo tan arbitrario. Pedí hablar con uno de los jefes de la censura y enseguida comprendí que era *inútil insistir, porque en la unidad de los países eslavos presentía la importancia de la Unión Soviética, que acababa

de poner la bandera roja en lo alto de la cancillería de Berlín. Un original condenado que, a la espera de ocasión, perdió interés.

Estas dos publicaciones, dentro de su modestia, repercutieron en mi autoestima y dieron un respaldo a mis estudios. Faltaba bibliografía, bien es verdad que yo la buscaba y la extraía de las fuentes más insospechadas.

El estudio de la lengua rumana, que inicié a los veinte años, en febrero de 1940, atrajo mi curiosidad hacia aquel país de grandes bosques y suaves colinas y llanuras de trigales que un poeta llamó «campos de seda»; también me interesaron sus viejas ciudades y sus costumbres milenarias. Un motivo más poderoso fue Bucarest, la capital de Rumanía, que en pocos años del siglo XX fue reconstruida en su parte central con avenidas y edificios lujosos, con lo que se pretendió que fuera llamada «el París de Oriente». El tipo de vida cambió, de forma que para un joven podía ser una nueva tentación.

Entre la admiración y la curiosidad por el país rumano y sus ciudades anticuadas pero sugestivas, tuve que reconocer que en nada me era favorable o propicia aquella tarea. En aquellos años, el territorio rumano fue arrasado por las oleadas de la Segunda Guerra Mundial, con su economía y su estabilidad social. Tan radical cambio de régimen y de orden económico no lo hacía tentador para un viaje. La comunicación postal, el intercambio de publicaciones y el turismo quedaban reducidos al mínimo.

Conservé el deseo de visitar Bucarest y conocer a sus intelectuales, minoritarios, pero con un gran sentido de su misión hacia la tradición latinista; escritores magníficos, con sustancia centroeuropea. Por este acercamiento lingüístico, completado con el repaso de periódicos, me adentré en la Rumanía diaria a través de las noticias políticas. Descubrí un país en expansión que en 1919 había logrado la unificación de todas las regiones habitadas por rumanos, por lo que se desarrollaba con vigor y total independencia tras tres siglos de incierta libertad.

Lo que ahora se recuperaba exaltando los rasgos nacionales, correspondía históricamente a Bucarest. La capital centraba aquella vitalidad y se convirtió en el eje de la vida. Modernizada en pocos años, se preció de ser el equivalente oriental de París, centro de la occidentalización. No hay que olvidar que en gran parte se debía a la intensa labor de escritores y pensadores que ya en el siglo XIX albergaron este propósito y trabajaron en latinizar la lengua.

A veces he pensado cómo perdura la dimensión de un proyecto acariciado, frustrado, mantenido oculto igual que un acto delictivo; y cuánto prevalece su significado placentero, que acaso es símbolo de una pulsión inconsciente. Si se inició mi curiosidad por Rumanía allá por el año 1940, cuatro o cinco años después ya fue deseo explícito de viajar allí. Por tanto hace años que ese país me atrae y tengo por él un recuerdo quieto y acaso ligeramente melancólico.

Había motivos para que yo quisiese visitar la capital de Rumanía y durante muchos años lo deseé. Presentía que allí se consolidarían mis planes de estudio, incluso captaría hechos que serían equipaje literario. Sabía que el lugar más atractivo era la populosa calle de la Victoria, donde podías cruzarte, según viajeros franceses, con mujeres encantadoras de belleza oriental. Pero terminó la guerra mundial, se estableció el régimen prosoviético, las relaciones con Europa se rompieron y se borró la esperanza de una visita. Nunca tuve la oportunidad de hacerla y como es normal que ocurra con las ilusiones fantasiosas, no se hicieron realidad.

Llevaba en el bolsillo una pequeña antología de escritores rumanos de Mijaíl Eminescu, el poeta nacional que reunía todas las gamas posibles del romanticismo y la leía en el tiempo que tardaba el tranvía en llevarme a mi trabajo. Pero nunca visité aquella tierra prometida por mi imaginación y prohibida por la fuerza de mi destino.

También era un país, como hoy se juzga, apto para el turismo por su belleza natural; conservaba ciudades antiguas de clima romántico y un folclore de gran valor para percibir sus señas de identidad. Pensaba yo que allí predominaba un modelo de vida agrario con restos de épocas pasadas, más pendiente de la naturaleza y eso exaltaba mi imaginación y me parecía altamente alentador, aun con ciertos aspectos primitivos.

Si alguno como yo ha dejado pasar el largo periodo de años en que se puede viajar como una aventura, tanteando la suerte y si conserva la visión de esas rutas imaginadas, me inclino a pensar que con el paso del tiempo se le han convertido en un recuerdo encantado, exactamente en el espejismo de lo que no se alcanzó. Así conservo la imagen de muchos aspectos atractivos de Rumanía, aunque correspondan a décadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, acaso ya inexistentes.

Al escribir estas ideas, pienso que nadie entendería por qué no tomé la

decisión de cumplir esa necesidad en plena juventud, venciendo obstáculos de toda naturaleza y arriesgándome a lo más peligroso, pero sin dejar que se olvidara y languidciera en la nostalgia lo que acaso hubiera sido un cambio total de personalidad. A la vez otro pensamiento me invade: muchos de quienes me lean quizá fueron atravesados por similar pulsión salvadora, con la fuerza de un instinto igual que a mí, pero también dejaron transcurrir años esperando la ocasión que nadie facilitaría, calculando otro momento futuro más propicio. Igual que ese personaje que espera años ante una puerta que nadie le abre y al fin le dicen que le habría bastado empujar y entrar porque no estaba cerrada.

Otro motivo para acercarme más a Rumanía fue descubrir a un autor que procedía de allí. Algunas mañanas de domingo me gustaba ir al Rastro y rebuscar en los montones de libros que se vendían a un precio ínfimo. En general eran novelas populares, sin valor, pero ocasionalmente encontré traducciones al castellano publicadas por editoriales modestas del escritor rumano Panait Istrati, del que una primera lectura me advirtió que merecía dedicarle tiempo.

A sus obras debo haber avanzado con curiosidad en las regiones del Oriente europeo, casi ignoradas para los occidentales, como la desembocadura del Danubio, zona donde había nacido este escritor a finales del siglo XIX. Me admiraron sus orígenes y la aventura de su vida: vagabundo, emigrante, jornalero de varios oficios, periodista y más tarde escritor prestigioso, una vida múltiple que, pensé, la hubiera deseado para mí; una buena enseñanza de los cambiantes remolinos del existir, que yo sabía necesarios a todo creador. Hijo de un contrabandista, que desapareció, y una lavandera, tuvo una adolescencia de trabajos inciertos que le obligaron a los veinte años a embarcar a Egipto y comenzar su vida de *jaimaná*, como llaman los rumanos al que vagabundea libremente. Fueron sus escenarios los puertos del Mediterráneo oriental, los de Turquía, Grecia y Siria, con deslumbrante variedad de personajes y de peripecias, una zona que me pareció creadora de temas aptos para la literatura o, al menos, la que yo me proponía hacer.

Pasó tiempo y el vagabundo recaló en Niza como fotógrafo ambulante. En un momento de depresión por haber muerto su madre, escribió una carta a Romain Rolland, el premio Nobel francés, contándole su dura existencia. E

intentó suicidarse. Esta carta, que había sido devuelta por un error en la dirección, la llevaba en el bolsillo cuando le atendieron en el hospital donde le salvaron la vida. Alguien la vio y la envió de nuevo a su destinatario, que esta vez la recibió y se sorprendió del talento de narrador que revelaba su autor. Contestó a Panait Istrati: «Leí la carta y comprendí que en ella se manifestaba la expresión tumultuosa de un genio». Y le animó a escribir sus experiencias.

En su primera novela, aparecida en 1921, *Kyra Kyralina*, que escribió en París, en el sótano de la zapatería de un rumano amigo suyo, cuenta historias vividas de viajes y ambientes populares, su tema constante.

Aislado de corrientes culturales, se consolidó como escritor en lengua rumana, que él mismo traducía al francés. Rápidamente se difundió su nombre y fue traducido a muchas lenguas. Escribió sin parar libros de éxito - *Los cardos del Baragán*, *Codin*, *Tsatsa Minka*-, en los que resalta la belleza de temas y la fuerza elemental del ansia de vivir.

Me deslumbró Istrati por su serie de personajes decididos a salvarse en la difícil supervivencia. Pese a estar acorralados por la pobreza y la injusticia, tienen la voluntad del trabajo digno, del desprecio a los amos poderosos, del amor libre, de la fraternidad, de la rebeldía esperanzada; y estos comportamientos, nada nuevos, presentados con un gran respeto y cariño, los consideré sugerencias valiosas. Un paisaje humano de general rudeza: campesinos rebeldes, pequeños comerciantes, bandidos que vengan a los indefensos, madres sacrificadas, mujeres generosas que dan bondad y placer, vagabundos que buscan trabajo y amistad.

Cuanto dejó escrito Panait Istrati es materia humana no ajena a la que informa a los magníficos escritores rumanos de entreguerra, apenas conocidos en Occidente, que me atraían por su poder creador, no obstante las desalentadoras y frecuentes calamidades de su historia. Al igual que bastantes de ellos, expresó el vigor y el encanto de un mundo que iba a desaparecer en páginas que leeré y recordaré siempre: el amor indomable, el anhelo de libertades, el impulso ardiente que ansía la felicidad, tan difícil y esquiva. Istrati proclama el derecho a los sentimientos elementales, a los nobles impulsos del ánimo frente al cálculo y al egoísmo. En algunas novelas, las fugaces relaciones amorosas son una demostración de su tolerancia con las pasiones, con los breves momentos de dicha gozados. En los años veinte y

treinta no se encontraba vigente en torno nuestro, ni acaso en buena parte de Europa, esta opción de felicidad.

Simpaticé más con Panait Istrati cuando leí en su libro *Los primeros pasos* que a los catorce o quince años trabajaba como mozo en una taberna en la que se hablaba griego, lengua que él no dominaba. Un cliente que se compadeció del trato duro que recibía le regaló un diccionario de la lengua rumana. El idioma que su madre hablaba con torpeza correctamente escrito le llenó de satisfacción: la suya era una lengua tan digna como el griego, no un habla de campesinos pobres y mendigos. Se sintió más seguro para enfrentarse a las penalidades de su trabajo, robusteció su carácter e incluso sus músculos. Cita el nombre de quien hizo el diccionario: el profesor Lăzar Șăineanu. Encontré ese diccionario en una biblioteca de Madrid y lo consulté cuando estudiaba la misma lengua en la que Panait escribió sus novelas.

He dicho que consideré a Panait Istrati una forma óptima de contemplar a mis contemporáneos, reflejando matices de estados de ánimo y rebeldía latente. Pero no me hubiera sido posible imitarlo, porque su más bello rasgo eran los sentimientos de fraternidad. No pude imitarlo, como no había podido imitar a Pío Baroja en su adhesión a lo real.

Por aquellos meses del 43, encontré un prontuario de conversación inglés-búlgaro que por mera curiosidad buscaba yo en las casetas de Claudio Moyano. Sin percatarme de su importancia, porque abrió un nuevo camino en el secreto del futuro, vi algo sobre la antigua Bulgaria y se me ocurrió escribir un artículo. El director de la revista aceptó publicarlo, acudió al secretario de la embajada búlgara para pedirle alguna foto o ilustración y yo le acompañé. Así se originó mi amistad con Teodor Neikov, joven diplomático que había aprendido muy bien el español.

Un día me dijo que estaba en Madrid, recién llegado, un científico búlgaro que, a la vez, era escritor, y al que me aconsejaba conocer. Se llamaba Dimitar Dimov. Me cité con él en la Granja del Henar y descubrí un personaje muy interesante. Profesor universitario, venía a España a trabajar en el Instituto Ramón y Cajal y había publicado una novela que, cuando se estableció en Bulgaria el régimen socialista, fue calificada de freudiana y decadente.

Nos entendimos en francés, pero con la facilidad de muchos europeos, dominó enseguida el castellano. Leía sin parar nuestra literatura y así fue

creciendo su entendimiento de España. Viajó a Andalucía y quedó encantado; le pareció que las mujeres aquí eran las más bellas del mundo y tuvo una relación muy cordial con los científicos del Cajal. Le acompañé por Madrid, visitó las ruinas de la Ciudad Universitaria y el barrio de Argüelles. Al terminar su estancia, dejó muestra de su conocimiento de España en una novela sobre nuestra guerra civil y unos amores atormentados titulada *Almas condenadas*, y aunque adolece de ciertas inexactitudes sobre la realidad española, es muy reveladora de la atracción entonces en Europa por el enfrentamiento de ideologías.

Época propicia a las nuevas amistades, la juventud con su busca afanosa de novedad nos lleva hacia hombres y mujeres cuyo conocimiento es efímero en su mayoría. El recuerdo es una materia poco permanente, pero entre tantas personas singulares como me fue dado conocer, Dimitar Dimov conserva en mi memoria una plena nitidez, aunque algunas facetas privadas me quedaron veladas, según pude deducir más tarde. La difícil relación que vivía con su familia le predisponía a una reserva que no sólo era discreción sino defensa; así debo interpretar ciertos aspectos que Dimitar guardó y que no creyó necesario contarme. A la inasequible dimensión del interior de un hombre tan complejo, había que añadir su personalidad discreta y observadora, y a esa actitud suya podría atribuirse la sonrisa ligeramente burlona, muchas veces en un gesto de rápida ironía. Son muchos los secretos que viven en la conciencia del hombre y qué admirable densidad prestan a aquellos a quienes tratamos.

En 1947 viajé a Lisboa. Un viaje que me marcó en varios aspectos, pues fue el primero que hacía al extranjero, a una capital importante. Recuerdo la simpatía de las calles, de los cafés, del hotel donde estuve con mi padre. De allí me traje *Bairro* de Manuel Mendes -que tanto me gustó y me sugirió al leerlo-. Me sorprendieron los escaparates de artículos extranjeros y los puestos de periódicos. Me asombró la vista de la ciudad, casi teatral, y las callejas típicas de Alfama y Moureira. Fue como salir a un mundo mejor, más esperanzador, más claro.

Aunque en los sombríos años de la posguerra en España, no sólo para los que buscaban trabajo sino para personas cultas que difícilmente mantenían los ideales de la clase media, París era sin duda el lugar privilegiado de libertades, de respeto, de actividades culturales, de reconocimiento a méritos sin importar la nacionalidad. En aquellos años, tenía amigos pintores que

aspiraban a ir allí como paso necesario en su perfeccionamiento.

Muchos otros, yo mismo, habíamos decidido cruzar la frontera para escapar de las prohibiciones oficiales y del ambiente inseguro por las delaciones y la represión de las que había sido víctima un pariente nuestro; o para salvarse del Santo Oficio y eludir el castigo por haber simpatizado con las ideas volterianas.

En 1940 éramos herederos de aquella frustración, de la represalia contra liberales, masones, judíos, moriscos, afrancesados, sindicalistas y también pintores, escritores, periodistas y homosexuales. Todos creían pisar en París el clima adecuado para desarrollar su vida. Y mi nostalgia era casi irracional o quimérica porque no sabía que la inquietud se encuentra en sitios inesperados.

¡Cuánto debo a París! ¡Qué sutiles esperanzas me han mantenido con la perspectiva de ir allí y vivirlo! En 1954 leí *Le chateau des nuages* de Dargelès, una bocanada de estimulante aire joven. Todo el verano del 55 consulté guías para descubrir la ciudad. En la mañana de mi llegada, crucé la Plaza de l'Étoile y bajé hacia el río. Luego, los paseos por los bulevares interiores con las musiquillas románticas de aquellos años. Parecían vivos el existencialismo, las cavas, Juliette Gréco, el Tabou, las visitas a la buhardilla donde Carlos Edmundo de Ory vivía con Denise... Acaso por esto París ha conservado su aire joven, como si reservara la visión pictórica, entonces viva para mí, de «ciudad de eterna juventud».

Era una ilusión imaginativa, porque no podía levantarse un proyecto viajero por ver unas fotos de amplias y elegantes avenidas con altas casas. Era un deseo de ir al lugar que prometía más de lo que era mi existencia, introducirme en medio de lo más bello y fascinante. Por descontado, lo que sabía yo de aquel espacio era insuficiente y allí podía esperarme la frustración.

Acaso todos los hombres sienten, cuando piensan en su juventud, lo mismo que yo, en todas las tensiones de una lenta maduración, realizada paso a paso, con logros insignificantes. Una noción de soledad con el agravante de tener conciencia de la limitación con que se crea la personalidad. Reflejo de carencias, hay escasos elementos para el enjuiciamiento de la vida. Incluso la ausencia del éxito influye en desmerecer lo vivido. Pero percibimos que lo que enaltece la juventud no son los hechos heroicos sino las aspiraciones, el

anhelo de una vida más noble, más creadora: las grandes figuras literarias, las lenguas aprendidas (o acaso olvidadas), Rusia, la visión del Este como un sueño, una irrealidad, Lisboa, París...

¿Cómo determinar cuándo se produjeron esos estados de ánimo que acaso sean la felicidad? Al atardecer, apoyado en el radiador mirando los vitrales del balcón; alguna tarde de primavera, al salir de la Biblioteca Nacional, después de una intensa jornada de lectura; al cerrar la puerta y quedar en una alcoba con una mujer y su desnudez; al levantar los ojos hacia las estrellas y oír, lejos, el silbido del tren en la noche otoñal; al mirar asombrado los volúmenes de libros con el color del atardecer; al ver que la niña no estaba enferma; al entrar en un café o ir a cenar con algunos amigos, cuando Madrid aún no había cambiado. De aquellos tiempos de maduración nos viene la nostalgia, como si aquellos días fueran mejores y crearan un tiempo de felicidad que hoy se añora. La vista interior se agudiza y vuelvo a aquel tiempo. ¿En qué ciudad vivía yo? No en una capital, no en una gran urbe de cientos de miles de personas que le proporcionan variedad y contenido asombroso. No. Yo vivía en una ciudad provinciana, rota, pobre, empobrecida, vacía, seca, polvorienta, ¿habitada? por gente acobardada, donde había más ilusos que creadores, donde sólo los que podían olvidar la fraternidad vencían. En ese panorama veo mi figura, la de un pobre muchacho obligado a vivir entre decoraciones de purpurina en un escenario de hierro.

IV

HOMBRES Y FANTASMAS

Recuperando el tiempo de inquietud, expectativas e influencias, contaré que el Gobierno de la República movilizó en el otoño de 1938 a la «quinta» que cumplía diecinueve años y, como yo estaba incluido en ella, me veo en una fila de hombres desnudos de medio cuerpo para arriba a la espera de pasar el reconocimiento médico que informaría de nuestra aptitud y condiciones físicas para enviarnos urgentemente a las trincheras.

No bien me llegó el turno, vi en el rostro de los médicos militares unos gestos que me tranquilizaron: mi lamentable delgadez y las gafas les advirtieron de que mi naturaleza no coincidía con las características de un soldado marcial. Fui declarado para «Servicios Auxiliares», que equivalía a la denominación anterior de «Inútiles totales», con la única obligación de acudir por las mañanas a la Comandancia situada en el paseo de María Cristina.

Quién sabe si mi exagerada delgadez me impidió haberme distinguido en el frente e incluso haber ganado alguna honrosa condecoración, pero no fue así y todas las mañanas, ya movilizado, acudía a la Comandancia con el recelo de verme destinado a un periodo de instrucción para caer sin tardar en una trinchera. Me ponía a las órdenes de un teniente con el grupo de los olvidados de la madre Naturaleza. Pasábamos lista, evolucionábamos, el teniente comprobaba nuestra disciplina y nos disolvía hasta el día siguiente.

Como éramos oficialmente soldados -aunque alguien podía dudarle porque carecíamos de eso que se llama marcialidad-, teníamos derecho a recoger un pan y un paquetito de tabaco que por un hueco de un muro derruido nos daban las primeras mañanas. Tardé en comprender la designación de «Servicios Auxiliares», porque no concebí qué tipo de auxilio podíamos aportar si presentábamos un aspecto necesitado de socorro.

El grupo del que formé parte era variado. Había jóvenes con señales de enfermedad o contrahechos y tipos fuertes y muy sanos que por alguna razón no se consideró conveniente mandarlos al frente. Encontré unos cien inútiles de otras quintas o rechazados por razones reservadas, lo cual constituía una grave alteración de la normalidad; era romper el orden social, lo que suele motivar el ingreso en el asilo o en la cárcel. Había rojos, jubilados, enanos,

dementes en grado inicial y obesos patológicos junto a los escuchimizados de rostro consumido. Otros se dirigían en tono altanero a los más cercanos, pero éstos no les contestaban porque nadie entendía su discurso. Y no faltaba el grupo de exagerados ademanes y alardes de virilidad cuyas tendencias afectivas habían provocado su alejamiento del ejército.

También me extrañó sobremanera la forma de vestir: prendas desajustadas, rotas, de tamaño superior a sus cuerpos; gorros variados con añadidos como para fortalecerlos. Quizá pensaron que a los de «Auxiliares» la oficialidad iba a tratarlos a trastazos. En fin, producían repugnancia y una persona más cuidadosa que yo o más pendiente de la moda hubiera pedido que ardieran en una hoguera todas aquellas vestimentas, prefiriendo el desnudismo -aunque ajustado a la moral- a tan nauseabundos ropajes.

De esta manera terminó mi vida militar, pero la experiencia de aquellos meses pensé que podría ser el telón de fondo de una historia en el Madrid sitiado y los afanes de unos protagonistas que lo recorrían.

La chispa creadora para ese relato, que debía ser lo contrario de lo observado por las mañanas, fue que un día el joven que estaba a mi lado en la fila señaló la torre de la iglesia de Atocha y murmuró: «Es de estilo bizantino». Lo oí y sospeché si sería un inesperado hombre de cultura. Resultó que había estudiado aquel escenario, lo que propició ratos de charla cuidadosa de no ser oída por el entorno.

Mi relato acabó narrando las correrías por el Madrid de entonces, con el frente próximo, de dos adolescentes absorbidos por las lecturas, que les permiten no sentirse adscritos al drama colectivo del momento. Van a charlar a una librería que el dueño mantiene abierta por romanticismo y allí aparece una joven que busca un libro. Ellos, que lo tienen, se ofrecen a prestárselo. La trama está compuesta con algunos lances personales y acaso en ellos estaba el placer con que lo escribí. Por las tardes, en casa, a la vez que hojeaba una gramática del árabe-marroquí comprada en la Cuesta de Claudio Moyano, escribí lo que forzosamente habría de titularse «Inútiles totales».

En estas secuencias excepcionales, propias de una guerra civil, de hundimiento y energía para atravesar noches y días con horas que de angustiosas pasan a ser alucinantes, se originaban aventuras en las que imperaba la premura de las pasiones, ya fuera el amor de codicia o rivalidad. Venciendo toda precariedad, predominaba el impulso de los eternos

sentimientos.

A pocos metros de los frentes de odio, me sorprendió la solidaridad en la búsqueda de algo que fuera vida o advertencia para evitar los bombardeos. En aquel tiempo que parecía unir el esfuerzo para la destrucción y la búsqueda de la moralidad, se dio la aventura ingenua de quienes se desviaban de la catástrofe que a todos arrastraba para atender su quimera juvenil, quizá por un instinto de salvación, quizá por la fuerza de la libertad imaginativa. Representaban un pequeño brote de estudio en un medio de áspera y caótica realidad.

Al final de los tres años de contienda estaban cargados los ánimos de traumas terribles, como un fardo pesadísimo que gravitaba especialmente en los que habían participado en la misma y tenían conciencia de ello. Prefiero no hablar de tan lamentables circunstancias -ya lo hacen los historiadores-, no quiero que se mezcle con los pasos que di aquellos años, a mis veinte y veinticinco de edad, aunque reconozco que será difícil eludir lo que me hizo ver con claridad el enfrentamiento del mundo antiguo y el moderno.

Defino con la palabra posguerra los años de juventud que me tocó vivir, larga época bajo los efectos de una catástrofe tan enorme como la que arrasó la vida española, que sufría el aislamiento, el atraso supersticioso y una economía patriarcal rústica. Una epidemia como el paro -y al no encontrar trabajo carecer de dinero- reflejaba la gran verdad del país, que era su bajo nivel económico sin desarrollo industrial, malas comunicaciones y formación deficiente de los trabajadores, con costumbres atrasadas y temerosas de la renovación. Los sueldos eran bajos, incluso para cargos importantes, y el único ingreso en las familias era el sueldo del padre. Desde muy pequeños los niños descubrían esta debilidad en el hogar y, con un resultado u otro, ejercía influencia en ellos. La cultura sufría limitaciones, aparte de que no fueran valorados los libros si se piensa en el analfabetismo generalizado. Madrid era una capital administrativa de oficinistas y funcionarios conservadores, creyentes, recelosos del progreso y de lo extranjero, asiduos clientes de los cafés y de los prostíbulos, ambos muy difundidos.

La nueva situación produjo en mí efectos importantes, entre ellos la erosión en mis prejuicios de clase y en mi educación convencional. Seguramente no soy una excepción y todos los jóvenes, en épocas semejantes, habrán sentido las tensiones de una lenta maduración, con

fracturas que van quedando en el fondo de la memoria y allí permanecen incomunicables, aceptadas como puntales en la formación del propio destino. En el desasosiego de no tener orientación, abandoné la idea de perfeccionarme en dibujo -lo que esperaba de las sesiones en el Círculo de Bellas Artes-, atento a alguna directriz cultural que me orientase y usando la lectura atropellada para cubrir el hueco de carecer, a los veinte años, de ortografía e ignorar las cuatro reglas y los conocimientos básicos que da el bachillerato, entre otros la sociabilidad y, llegada la edad, el trato con las muchachas, tan deseadas.

Gran parte de los madrileños fueron represaliados sólo por el hecho de haber estado en «zona roja» y desposeídos de sus cargos incluso tras haber presentado informe de buena conducta política, equivalente a la adhesión al nuevo régimen. Eso ocurrió en mi familia y yo busqué trabajo con un amigo que era director de una empresa de importaciones. Con una falta de capacitación total fui repartidor de un laboratorio, fotógrafo industrial y en un taller de reparaciones hice conexiones de cableado de radios; así durante dos años. La visita a la tertulia teosófica me dio la oportunidad de establecer contactos.

No habían pasado unos meses de estar en paz cuando en Europa se desencadenó la Segunda Guerra Mundial que duró cinco años y que para mí fue una honda enseñanza de geopolítica. Para estar informado, ojeaba diariamente varios periódicos con el fin de comparar noticias y deducir lo que se filtraba de verdad en una prensa sujeta a la censura. Coloqué en una pared de mi cuarto un gran mapa para seguir el movimiento de los ejércitos; en él repasaba cada día la marcha del frente ruso, aprendí nombres de ciudades y ríos, y los de los acontecimientos decisivos del enfrentamiento entre los dos ejércitos.

Aún tengo presente el día en que oí la noticia de la victoria en Stalingrado. El locutor de la radio de Madrid, en el noticiario del mediodía, de forma breve e irritada informó de la rendición de los ejércitos nazis. Estaba comiendo con mi familia, el color gris y frío del cielo entraba por la ventana y me situaba en un helado campo de batalla. En mi entorno, nadie comprendió bien lo que oíamos, pero tuve noción muy clara de la importancia de lo que ocurría tan lejos; un suceso clave en la historia contemporánea del que me sentí testigo distante y pasivo, aunque no

insensible. Como igualmente lo fui de otros episodios de la derrota del nazismo a través de las emisiones en español de Radio Moscú, algunas especialmente emotivas, que seguía con el oído pegado al aparato de radio para salvar las interferencias que hacían en aquella longitud de onda las autoridades franquistas.

Fueron largos meses de estar pendiente de cómo asolaba la guerra este rincón de Asia que es Europa, donde se habían alcanzado, no sin gran esfuerzo, cotas de civilización y de sabiduría de vivir. Era como sentirse ciudadano de Europa frente a la destrucción. Acudía a una oficina de la embajada inglesa a riesgo de ser atacado por falangistas que merodeaban en su proximidad, y me daban boletines de noticias y revistas, con lo que pronto supe de los campos de la muerte, sus hornos crematorios y el exterminio del mundo judío. Percibí las dimensiones de la catástrofe que era para Europa, no sólo por la ola de estragos que acompaña a todas las guerras, sino por la repercusión en los seres más indefensos.

A los siete años, debí permanecer en cama meses y meses porque se descubrió una mancha oscura en uno de mis pulmones. El tratamiento, según los médicos, fue quietud y, en fase posterior, sesiones de lámpara ultravioleta. Tantos meses en la quietud, se ha dicho que fue para muchos tuberculosos jóvenes un periodo de iniciación a la vida que les esperaba. Así fue la historia de Hans Castorp, protagonista de la gran novela de Thomas Mann, cuya larga estancia en un sanatorio de altura, en Davos, le preparó para bajar de su «montaña mágica», ya como un adulto. Con la inmovilidad, muchos como yo fueron curados de un mal que antes del descubrimiento de los antibióticos se consideraba epidémico. De esos enfermos, los adinerados, en sus largos periodos de sanatorio, necesitaban distraerse y recurrieron a la lectura. Si se curaban, al reintegrarse en la normalidad, algunos, los predispuestos, se convertían en escritores, porque el ocio les había permitido interiorizarse y saberse con un sufrimiento psíquico o un desajuste como los que padecerían luego los personajes de sus novelas o poesías. Una condición fundamental para Elias Canetti, que afirmó en un ensayo: «Un escritor que no tenga una herida siempre abierta no es para mí un escritor». Opinión muy radical, pero respetable.

Como observador conmovido por la ofensiva contra la tradición cultural de Occidente, poco a poco se fue formando en mí el deseo de escribir.

Escribir, contar por escrito algo que a mí nunca me había pasado, dar testimonio de fantasías latentes, de la lucha por la justicia que moldean una historia imprecisa, emocionante, dolorosa, heroica. La atracción del amor más el trabajo. Un impulso creativo que apenas lo parecerían -en mi caso- torpes dibujos y esquemáticas frases.

Las situaciones singulares y precipitadas de aquel tiempo favorecían la brevedad del cuento y comencé a imaginar temas cortos que ambienté en ciudades extranjeras y en costumbres no españolas. Incluso elegí nombres polacos, húngaros y alemanes para los personajes. Era un intento de recrear la atmósfera de ciudades en guerra y de personas atribuladas por ésta, según fui asimilando lo sucedido en las naciones arrasadas por el ejército hitleriano. Debo reconocer que estuve bajo la influencia de dos autores que en la década de los cuarenta se traducían en España: Stefan Zweig y Somerset Maugham, ambos con un estilo de realismo descriptivo que no descuidaba las delicadas tensiones psicológicas.

Debí escribir estos relatos entre 1945 y 1946 y llegué a formar una lista de quince títulos a los que puse el nombre de *Hombres y fantasmas*, pero este original no salió de mis manos. Fue un ejercicio de redacción, con asuntos bastante superficiales, pero en todos mantuve el ambiente propio de las ciudades en conflicto. Por ejemplo, el titulado «Ojos de miedo» trata de una muchacha que ve alterada su vida por la guerra; el profundo temor le crea una angustia que ella intenta disipar mediante el contacto ocasional con hombres. Sin embargo, ninguno logra tranquilizar su miedo.

Otro es sobre un desmovilizado que vuelve a su ciudad medio destruida y sólo encuentra trabajo como gancho para llevar gente a un garito de juego. Ante la ruina espectacular de uno de aquellos clientes se espanta, ya que presume que igual será su futuro y decide volver a su vocación olvidada de pintor.

En otro, una patrulla de soldados llega a un palacio al borde del mar y su dueño les explica que todo ha sido arrasado, nada se salva del paso de la guerra. Les muestra que las riquezas artísticas, los muebles valiosos, los cuadros y los libros fueron destruidos igual que el bello edificio y el jardín, que está cubierto de escombros, un conjunto que fue un lugar de placer, de amores libres y alegría. El oficial que manda la patrulla no sabe qué replicar y se siente incómodo y avergonzado.

Pasados unos años, en 1953, seleccioné ocho de estos relatos que me parecieron más interesantes, les puse el título de *Ocho historias falsas* y los envié a la censura previa que entonces dependía de la sección de Inspección de Libros del Ministerio de Información y Turismo. Según el oficio que conservo, me contestaron autorizándolos, salvo el cuento de la joven que busca auxilio en el sexo. Comprendí que en la España de la dictadura militar no podía admitirse públicamente que el sexo tuviera otra práctica que no fuera la procreación.

Estos cuentos fueron enviados a la editorial Destino, de Barcelona, y como era de esperar no hubo aceptación y me los devolvieron. Entonces comencé a sufrir las dudas propias del escritor, en especial acerca de su utilidad, y sin más los dejé dormir. Al terminar esa colección de cuentos que puedo llamar «cosmopolitas», tuve la certeza de que mi inclinación bien definida era seguir escribiendo, sin otro fin que el placer de imaginar y de contar. Para lograrlo, me pareció que mis lecturas no habían sido abundantes y que tenía insuficiente conocimiento de otros autores que podían ser útiles como modelos, y esa carencia debía compensarla estando muy receptivo a cualquier indicación o norma.

Una tarde, como ejercicio para estudiar la lengua, leía un periódico francés muy conservador -debía de ser cuando permitían venderlo al público en España, en el año 1940 quizá-, y en su última página encontré un artículo que era una necrología. El autor contaba que, yendo extraviado por el campo, vio una casita solitaria. Entró y en el vestíbulo había un sombrero colgado; en el salón, unos guantes sobre el sofá, en el cenicero un cigarrillo aún humeante y otros rastros de que allí había habido un hombre que acababa de marcharse, a quien él conocía y cuyos objetos y pruebas de su presencia le llenaron de nostalgia, porque supo que no volvería a ver a su amigo, cuya muerte así descubría.

Me asombró la delicadeza de referirse a un ser invisible, apenas presente en el misterio de la ausencia que sólo dejó rastros, los objetos personales válidos para identificar al que fuera su amigo. Me detuve a reflexionar sobre la técnica empleada: ir de un simple dato real a lo oculto, que así era revelado, y no dudé de que podía representar una modalidad de escribir apropiada a mi sensibilidad. Un pequeño artículo, entre los muchos que publicó aquel diario francés, iba a tener el valor de ser una norma inesperada.

Poco después, mi amigo Ezequiel me prestó un libro que fue especialmente importante en mi formación, pues representó una nueva directriz, un verdadero hito en mi rumbo de cuentista. Sherwood Anderson era su autor y su título *Winesburgo, Ohio*, nombre de un pueblo inventado en el estado de Ohio que marca el área de sus personajes, unos seres de existencia aparentemente mediocre, en los que se cruzan pasiones y tensiones psicológicas de una belleza deslumbrante.

En *Winesburgo, Ohio*, bajo la apariencia del existir rutinario del viejo médico local, del dueño del hotel, de la maestra, de un granjero, se encuentra un armazón psicológico que los convierte en prototipos literarios. Al término de los relatos vemos a estos personajes anónimos, de sentimientos nobles e ideales no alcanzados, quedar libres de la fatalidad de su destino, porque su vida prosigue por obra del autor en una libertad desconocida. Por sus ilusiones irrealizadas, sus afectos contenidos y sus amores no expresados, que en el secreto de la timidez se mantienen como un fuego, admiré estos relatos, que por haberlos leído de joven se identificaban con mis estados de ánimo.

El autor dedicó este libro a su madre, de la que heredó «el ansia de ahondar en las vidas por debajo de la superficie», dedicatoria que define exactamente su propósito de narrador. Y éste es omnipotente, una tercera persona que conoce todo, cuenta lo más íntimo, reservado y bello de estos soñadores. Y en esta cordial exploración de las conciencias radica uno de los máximos valores de este escritor. Un crítico sutil encontraría equivalencias entre esta obra y la de algún autor posterior, maestro en el sobreentendido, como Antón Chéjov.

Pese a cuanto acabo de referir, no reconozco que un único escritor me influyese y me dictara la norma absoluta para mis primeros escritos. Fueron muchos los que leí y de los que deseé captar su método para exponer su pensamiento. Cada uno me aportó un segmento de técnica y de comprensión del uso de las palabras y me indujo a respetar la realidad, por descontado la parte de esta que a cierta edad es accesible. Me parece que la influencia no se ejerció por rasgos concretos, sino por la amplia belleza del conjunto de la obra que se desearía imitar. Acaso alguien que haya leído los libros que he ido publicando, por ejemplo los críticos, encontrarían el sello de ciertos autores: más de una vez se han mencionado los cuentos de Poe y los importantes relatos de los autores rusos, como si se pudiera descubrir un

rastros imprecisos y efímeros.

Sin un plan previo, sin cálculo de sus características, aquellos cuentos míos de la guerra europea debieron de ser provocados por alguna razón sustancial, pues todos coincidieron en similares características y los escribí con la común idea de contar una historia o sucedido que no tenía principio ni fin y era descrito con un conocimiento omnisciente de las apariencias reales de los personajes y los movimientos de sus conciencias.

Según fui asimilando lo sucedido en Polonia, en Hungría y en la Europa oriental arrasada por el ataque de los ejércitos hitlerianos, intenté recrear la ruptura de las vidas de los personajes. Con anterioridad, había sentido el impulso de narrar algo así. Mi fantasía parecía tener una medida de producción que exigía un final rápido y no por agotamiento, sino porque el tema debía cumplirse con un desarrollo presentido. Un final casi inmediato me lleva a la conclusión de que estaba predispuesto a secuencias aisladas de imaginación, en las que debían imperar la intensidad y el fluir del tiempo. De lo cual se deriva una escritura de cierta vehemencia y con un desarrollo apresurado que no es sino reflejo del tiempo veloz de las comunicaciones y de la tecnología del siglo.

En la defensa del cuento como categoría literaria se debe advertir que su longitud reproduce las secuencias y los episodios de que se compone la vida humana, que cortan en infinidad de fracciones la larga línea vital. El cuento, como el poema, expresa el brote de una tensión imaginativa, idéntico al arrebatado de las pasiones. Y quizá de este desarrollo corto se origina la explosión que ha tenido en nuestra época el microrrelato.

En los años de posguerra se mantuvo -con la natural vigilancia policiaca- la costumbre de las tertulias en los cafés. Algunos cafés de Madrid, a los que he ido a tertulias o a citas, fueron la Granja del Henar, el Café del Prado, Los Cocodrilos (que tenía en las paredes pinturas de Bagaría), el Café Universal, el Bar Flor (con frescos en el piso superior del pintor Castellanos, que era marmolista), El Gato Negro, el Café María Cristina (en la calle Arenal), donde tocaba el violinista Corvino, los cafés de la calle Santa Engracia o el Café Royal (en la esquina de Goya con Narváez), donde conocí a Heraclio y su grupo de teósofos. En el Café Michigan (esquina a Santa Cruz de Marcenado), caluroso, muy grande, escribí parte de *El coral y las aguas*.

Una de esas tertulias añadió al gusto de intercambiar opiniones literarias

el estímulo de publicar en libro un cuento mío. El amigo Ezequiel -¿cómo no?- me presentó una noche a un grupo de profesores, compañeros suyos de la enseñanza, que buscaban un café acogedor como lugar de tertulia. Me encontré con gente de mi edad, en su mayoría licenciados en Filosofía y Letras, formados por tanto durante la República, alumnos de Dámaso Alonso, profesores de letras en colegios particulares con sueldos modestos y en academias de bachillerato. Algunos habían estado en el ejército, en el frente, habían pasado por la «depuración» franquista y debido a las circunstancias encontraban trabajo con dificultad.

Yo nunca había integrado un núcleo parecido. Con él formé amistades muy gratas y a la vez tertulia, que se instaló en el Café Lisboa, situado en la Puerta del Sol, a la entrada de la calle Mayor, en la esquina de la calle Esparteros y próximo por tanto -rarezas del destino- a la Dirección General de Seguridad. En el fondo del café había un espacio rectangular con sus divanes y mesitas que, por estar aislado del resto del local, facilitaba la discreción de las conversaciones.

Afortunadamente, nunca nos interrumpieron los funcionarios de policía. Dos o tres veces aparecieron personas que se esforzaban en ser simpáticas, pero nuestra actitud displicente las hacía no volver. Sólo una vez, al llegar un sábado a las diez de la noche, la hora establecida para la tertulia, encontramos a una señora de cierta edad que intentó conectar con unos y con otros hablando de vaciedades. En un momento se refirió a la guerra civil, alegando que nosotros, como éramos muy jóvenes, no recordábamos nada de ella. El mutis fue general y no volvió. Sabíamos que la policía contaba con mujeres mayores de aspecto insignificante que provocaban confidencias que podían facilitar información.

La tertulia duró de 1946 a 1953, aproximadamente, y si es digna de recuerdo se debe a que algunos contertulios fueron más adelante escritores conocidos, preferentemente los cuentistas. Las amistades duraron bastantes años, se extinguían al marchar algunos miembros fuera de Madrid o lograr trabajos que los absorbían. Los estudiosos de la literatura de posguerra han visto un escenario revelador de la literatura clandestina en esa tertulia del Café Lisboa, en la que un grupo de cuentistas organizó, en la medida de sus posibilidades, un concurso de cuentos.

La amistad era una corriente a través de una ciudad vacía. Era coincidir

en curiosidad por el extranjero, el placer de intercambiar opiniones, venerar a los hombres de la cultura de siglos pasados, un parecido con la persona de la que se es amigo, un fluido invisible que acerca (y que en el odio, aleja), una línea de afinidad como un olor que las dos personas percibían revelando una identidad no sólo mental sino en gestos, en el movimiento de hombros o en la risa ante un hecho que la merecía.

Un alivio era la comunicación por teléfono en las horas de calma después de la actividad diaria, tan mezquina y monótona. Pese a que la vida se sentía como un atardecer de invierno de aire helado y lluvia, una decisión íntima impulsaba a ejercer una actividad que compensara la pasividad de años represores. Un día era localizar a alguien que había salido del penal de Burgos y contaba lo que ocurría dentro; otro día se prestaba un libro que estaba prohibido y luego se pasaba a un amigo que lo leería con pasión; otras veces se asistía para conocer a una mujer inteligente o a un poeta joven. Siempre el atractivo de comentar libros que aparecían o los de los clásicos para la lectura.

La tertulia del Café Lisboa era una más de las que había en Madrid entonces en otros cafés; por ejemplo, en el Café Gijón, que desde el final de la guerra civil era el centro de reunión de intelectuales. Allí se formó el grupo garcilasista de Juventud Creadora. También en el Lion d'Or, en la calle de Alcalá, entre Cibeles y la plaza de la Independencia, había tertulias de este tipo; las paredes de su sótano estaban decoradas y había una ballena que se reía, por lo que se llamó a ese sitio «La ballena alegre». En el sótano, lóbrego, algo húmedo, se citaban comunistas y falangistas, lo que era raro; allí iría el mismo José Antonio Primo de Rivera, aunque a éste le era más habitual el Café Mansarde -unas casas más hacia Cibeles-, donde se dice que recibía a los emisarios de Mussolini que le traían las aportaciones económicas para sus fines políticos.

Los más constantes contertulios del Café Lisboa eran Arturo del Hoyo, que durante mucho tiempo fue como un director literario de Editorial Aguilar, donde preparó las primeras *Obras escogidas* de Miguel Hernández y las completas de Lorca, lo que originó amenazas y protestas de las autoridades. Colaboró en la creación de la revista *Ínsula* con un profesor represaliado, Enrique Canito, en la que aparecieron aportaciones de nuestro grupo. También José Corrales Egea, un activo crítico literario, que destacó en 1935

con una novela muy interesante, *Hombres de acero*, con prólogo de Benjamín Jarnés, y publicó en 1971 en Cuadernos para el Diálogo *La novela española actual*.

Francisco García Pavón fue de todo el grupo el más profesional, con varios volúmenes de cuentos y novelas que tuvieron mucha aceptación, como el premio Nadal *Las hermanas coloradas*; reconocido además como crítico teatral en el diario *Arriba* y colaborador en otros periódicos. También estaban Vicente Soto, que publicó un librito de relatos neorrealistas, *Vidas humildes, cuentos humildes*, en 1948, con un extenso prólogo de Agustín del Campo; y José María Jove, que publicó dos novelas, *Un tal Suárez* y *Mientras llueve en la tierra*, finalista del Nadal.

Asimismo Agustín del Campo, al que estimaban mucho en la facultad por su erudición en la literatura del siglo XIX; sus críticas en *Ínsula* eran excelentes. Entró a trabajar en Editorial Gredos y fue absorbido por tareas rutinarias. A él se debe toda la parte de edición del *Diccionario* de María Moliner. Ezequiel González Mas, modesto profesor que, a principios de los años cincuenta, emigró a Guayaquil para un cargo en la enseñanza y allí se quedó; publicó varios libros sobre literatura y no se supo más. No concibo cómo este hombre tan madrileño, tan unido a los libros, al Ateneo y sus tertulias y a los cafetines pudiera sobrevivir en Centroamérica. Y Antonio Buero Vallejo, el que después fue célebre dramaturgo, que vino a la tertulia antes de su éxito con *Historia de una escalera*, con la que ganó el Premio Lope de Vega en 1949. A la tertulia asistían tres o cuatro personas más, que eran amigos más o menos afines, pero carecen de interés.

Pasaban los meses y los tertulianos acudían al rincón del viejo café, siempre a la expectativa de que una noticia importante de la situación política cambiara nuestras vidas. Cualquier acontecimiento nacional se comentaba y se le quería sacar consecuencias favorables, manteniéndose los comentarios en voz baja por la obligada reserva ante los delatores. Eran recibidas con alborozo las noticias de las altas esferas del régimen, como corrupción en el Ministerio de Industria y Comercio, intercambio de queridas, negocios de la Iglesia, borracheras públicas de personalidades; también llegaba información de condiciones dantescas en prisiones, detenciones arbitrarias, denuncias constantes por antipatías personales.

Se hablaba mucho de libros recientes de escritores más o menos apoyados

por el régimen, pero no interesaban tanto como los de anteguerra, cuyos libros escaseaban porque los habían retirado o requisado, y al parecer los amontonaron -junto a los que intervinieron en las librerías- en la sala de un cine que había en la calle de Marqués de Urquijo. No recuerdo que se leyesen las revistas oficiales *Escorial* o *Garcilaso*, quizá sí *El Español*, porque tenía colaboraciones muy diversas. En voz alta se leían cuentos y poemas, aunque no se producía una aceptación calurosa, sino moderada: el sentido crítico estaba muy desarrollado.

La verdad es que predominaban las contingencias de la vida diaria y, a la vez, hubiéramos deseado salir de ellas. Para romper la rutina se nos ocurrió organizar un acto literario nada menos que en el Ateneo. Había estado cerrado varios años por considerarlo foco de ideas subversivas, y a pesar de sufrir dos grandes expurgos ideológicos -en los cuales alguno salió corriendo con más de un volumen valioso-, la biblioteca siguió siendo magnífica. Varios de nosotros nos hicimos socios y la utilizamos mucho, incluso como lugar de encuentros y charlas.

Pedimos autorización a la Junta, que pese a su reaccionarismo la concedió sin problemas, en la ignorancia acaso de que era una sesión literaria. Imprimimos una invitación que se envió a los amigos. Se trataba de una lectura de cuentos y, para presidirla, se convenció a Luis Ruiz Contreras, escritor y traductor de los años veinte, representante del viejo liberalismo -tenía ochenta y seis años, pero se conservaba muy bien-, creador de revistas literarias en las que colaboraron los grandes de principios de siglo; mujeriego, anticlerical, republicano, en fin, lo más opuesto al franquismo. Usaba un gorrito como el que llevaba Anatole France, al que había traducido.

La tarde del 17 de mayo de 1949, a las 19 h, el gran salón del Ateneo estaba lleno y en las primeras filas había caras conocidas de profesionales y gente de letras. No recuerdo si hubo unas palabras previas de Ezequiel González Mas. Leyeron sus cuentos José Corrales Egea, Arturo del Hoyo, Vicente Soto y Francisco García Pavón. Yo me encargué de hacer las fotos, con trípode y exposición, porque no había luz suficiente y las películas entonces no tenían casi sensibilidad; quedaron horribles y no valen nada. La dirección del Ateneo se consideró burlada y rabiaron mucho, pero no hubo consecuencias.

A veces pensamos crear una revista, pero tras un estudio previo

comprendimos la imposibilidad de vencer dos problemas, la censura y la economía. Era sin embargo factible publicar un cuento cada uno de nosotros. Antes quisimos organizar un concurso y fue en marzo de 1950. Buero Vallejo se ofreció generosamente a premiarlo de su bolsillo con 100 pesetas. Se titularía Premio Lisboa. Convocamos a todos los cuentistas de nuestro entorno y se presentaron bajo plica trece relatos. El jurado estuvo compuesto por Antonio Rodríguez Huéscar, Joaquín González Muela y yo. Quedó premiado «El huido», sobre guerrilleros asturianos, tema que entonces nadie tocaba; su autor, José María Jove. Los finalistas fueron García Pavón y Arturo del Hoyo.

Al abrir las plicas, vi con asombro que, aparte de los conocidos cuentistas de la tertulia, habían concurrido otros que no podía imaginar se interesaran por el cuento. Quizás el obligado silencio de entonces creaba el ánimo de exteriorizar sentimientos en los relatos.

La idea de hacer una colección de cuentos publicados a nuestras expensas maduró, pero sólo el mío, *Inútiles totales*, se entregó a la imprenta en febrero de 1951. Después, no recuerdo el año, y con un formato más cuidado, apareció el de la escritora Flora Prieto titulado *Lázaro calla*. Estos libritos no se vendieron, se regalaban, y nadie más se animó a ser autoeditor.

Como toda indagación en épocas literarias poco estudiadas, sería tentador historiar el movimiento de nuestras letras en la posguerra, en el que se recogieran las vinculaciones entre creación y ambiente circunstancial y los estilos y la biografía de los autores como la base de su éxito o fracaso. En el hecho cultural, hay redes invisibles que lo relacionan con episodios del humano vivir, de la industria editorial, de premios. Y al creador le impulsan tanto las pasiones como los imperativos de una estética determinada.

Curioso sería bucear en un área parcial de nuestra literatura, el estilo de los años sesenta. Se obtendría una información sugestiva sobre el pequeño grupo de escritores calificados en su época como «generación berza», pues al analizar la obra y la actuación de estos novelistas topáramos con la pugna por el monopolio de la cultura.

Hoy está casi olvidada la novela *Los bravos* (1954) de Jesús Fernández Santos, una descripción descarnada de la vida en un pequeño pueblo español. Años antes algo similar, referente al medio urbano, fue el mérito de *Nada* (1944) de Carmen Laforet. *Los bravos* incitó a un estilo realista para reflejar

las costumbres, sin relación alguna con el pseudonaturalismo de lo tremendo que entonces se daba.

En aquellos meses participé en la formación de un grupo de jóvenes interesados por la literatura y unidos en el antifranquismo. Comenzó todo porque alguien me presentó a Antonio Ferres, que trabajaba como técnico en un departamento de cierto ministerio. Su rasgo más notable era su espontáneo talento literario que, al segundo día de encontrarnos para tomar un café y charlar, se hizo evidente. Sólo con leerme un fragmento, corto, de una escena, comprendí que era un escritor con cualidades futuras. A él se unió su compañero de trabajo, Armando López Salinas, que era delineante, aunque acabó tentado por la escritura y preparó cuentos y más tarde dos novelas sobre problemas de la clase trabajadora a la que él pertenecía.

También con ideas y posiciones opuestas a la dictadura militar, conocimos a Jesús López Pacheco, que procedía de la universidad y era ya un poeta y luego novelista excelente. Se amplió el grupo con amigos de Ferres que acudían a su casa, punto de encuentro de demócratas; como el novelista Alfonso Grosso, un andaluz de carácter arrebatado, que se relacionó circunstancialmente con nosotros.

Aquel pequeño grupo tuvo valedor eficaz en una persona tan cordial y comprensiva como Rafael Vázquez Zamora, representante de la editorial Destino en Madrid. Con un interés único en aquel tiempo, patrocinó la publicación de tres obras básicas del social-realismo: *La piqueta* de Antonio Ferres, *La mina* de Armando López Salinas y *Central eléctrica* de Jesús López Pacheco.

La piqueta fue presentada una mañana en una librería de la calle Preciados. Al acto asistimos todos nosotros, más sus simpatizantes anónimos. Ferres montó el escaparate con ladrillos y un pico, elementos tan ajenos a la decoración de este tipo de establecimientos que el público no sabía lo que pasaba, se extrañaba. Armando López Salinas quedó finalista en 1960 del Premio Nadal con *La mina*, una crónica de los campesinos obligados a buscar otro trabajo. Dos años antes había aparecido *Central eléctrica* (1958) de Jesús López Pacheco, con su argumento sobre la destrucción de un pueblo a causa de la creación de un embalse.

Dentro de aquella tónica de darle protagonismo a las clases más desfavorecidas, en 1957 apareció un volumen de relatos de José María de

Quinto, *Las calles y hombres*, sobre la vida en los barrios de chabolas que, a partir de 1940, se formaron en torno a Madrid. Un amigo más, Fernando Ávalos, escribió una novela, *En plazo*, que publicó nada menos que Seix Barral. Igualmente estaban próximos Carlos Álvarez en poesía y Nino Quevedo en novela. Es verdad que las influencias literarias son múltiples y difíciles de identificar, pero no se deberá echar en olvido la novela de Ignacio Aldecoa, *Con el viento solano*, que también hizo suya la atención a los desheredados.

En el otoño del 56 buscábamos los amigos un lugar para reunirnos, y alguien aconsejó una cafetería en la glorieta de Iglesia que tenía por nombre «El bígaro», que nosotros cambiábamos por «El bígamo», en la esperanza de serlo algún día, ya que todos éramos solteros. El local era frío, sin el recogimiento, la templanza y el silencio propicios para las discusiones elevadas o la escritura serena, a las que se veían consagradas las fotos a Jean-Paul Sartre en el Café de Flore en París. Por su cristalera no se veía el encanto de un boulevard bajo la lluvia, pero el caso es que allí nos reunimos los del grupo progresista y ninguno de ellos preveía la importancia que para mí iba a tener, pues fui llevado por una orden inexorable del destino.

Una tarde aparecieron unas muchachas que, al parecer, buscaban al pintor García Ortega. Eran también pintoras y querían conectar con gente afín. Se quedaron de pie y por poco tiempo se cruzaron breves comentarios. Recuerdo que yo también estaba de pie, saludé a una de ellas que se llamaba Elena y le pregunté algo sobre su nombre, ofuscada la mente, presintiendo que el encuentro de aquella tarde otoñal sería totalmente mágico.

A mi lado, otra de ellas, muy joven, con una boina oscura, comía castañas de un cucurucho. Algo debí decirle porque sonrió y ese ligero y habitual gesto previo a la alegría me sorprendió, pues para mí era poco usual. En aquel entonces nadie sonreía y los rostros reflejaban la incertidumbre en la orientación de sus vidas, las frustraciones en el orden económico, la sociedad opresiva y las míseras rutinas. Acompañó aquella sonrisa con una mirada atenta, con un gesto simpático que para mí fue como una iluminación íntima, reveladora a la vez de benevolencia y aprobación; y eso sin ningún motivo, sólo pura atracción mía, debida en parte al encuentro juvenil.

Comenzamos una conversación superficial y rápida. No recuerdo de qué tema. No obstante, apareció el nombre de Kafka, que acaso yo citaré o ella.

Me dijo que era enemiga de Max Brod, dudoso amigo del escritor, del que se decía que había adulterado las obras que recibió como albacea, y añadió que tenía algunas notas sobre este asunto que me era desconocido. Sin vacilar, le dije que me interesaba mucho y que, para explicármelo, podríamos vernos un día. Repitió que era un tema que nadie se atrevía a tratar y yo repetí que era apasionante (la verdad es que me importaba un pito) e insistí en encontrarnos para que me dejase aquel texto suyo.

Recordé de pronto un cuento magistral de Bashevis Singer con sus recuerdos del ambiente de actores y escritores en la Praga de los años treinta, titulado *Un amigo de Kafka*. A ella le di luego este nombre, «La amiga de Kafka», al irse las cuatro jóvenes pintoras, y yo me quedé con un fugaz conocimiento y un número de teléfono. Había vacilado en dármelo, había mirado hacia otro lado, como desentendiéndose, pero mi insistencia ganó. Me dejaba una imagen encantadora, en parte de atractivo sexual, en parte intelectual, los dos impulsos fundamentales.

Tras mi llamada dos días después, acudió a un encuentro en un café en el primer piso de una casa de la calle Almagro. Era un lugar poco corriente, con tertulias de personas mayores, en un piso. Esta vez me sorprendió su peinado, que sugería un estilo oriental, casi japonés, y esta variedad aumentaba el atractivo que realzaba lo singular de su fisonomía.

Pronto descubrimos temas comunes, aparte de discutir brevemente el asunto Brod, y surgieron opiniones sobre la vida cotidiana y las aficiones que podían unirnos con lazos frágiles, pero sutiles, inexplicables, nacidos del fondo de los caracteres. Hasta entonces nuestras vidas habían sido distintas, radicalmente dispares en sus principios, en ese periodo que asienta los cimientos de un temperamento, pero a nuestra edad brillaban puntos de coincidencia, deseos de aprender, de estudiar, de acudir al Ateneo y a su biblioteca, de ir a exposiciones. Ella, muy metódica, se había inscrito en el Círculo de Bellas Artes para consolidar su vocación de pintora, yo también en clases de figuras, para adquirir dominio en el dibujo del natural. Con el grupo de amigas, montaron exposiciones que tuvieron buena crítica; yo, sin olvidar mi gusto por la pintura, me encontré rodeado de gramáticas de idiomas.

A veces la suerte nos roza con su mano benéfica en el momento menos esperado. En los meses que esto ocurría, yo me recitaba la frase de una canción protesta del bardo Okudzhava: «Pero tú, fortuna, sé buena, no

abandones mi mano desgraciada».

La amistad se afianzó hasta llegar a un grado de confianza que bordeaba los límites de la intimidad. Una tarde me dijo que pensaba cambiar de nombre. Se llamaba Josefina, pero se lo habían puesto las circunstancias de la vida de sus padres, por eso buscaba otro más propio de ella y de la vida que se proponía. Incluso me dijo que los japoneses cambian según transformaba su destino.

Me alegró mucho tal iniciativa, y como aquellos días había leído algo sobre la capital de Mongolia, que cambió su nombre por el de Ulán Bator, le propuse que fuera el de ella, que abría una nueva etapa, con un nuevo horizonte vital. Ulán Bator, ciudad de los guerreros rojos, me exaltó tanto, que escribí un poema como testimonio, un acta de nacimiento; y el matiz ideológico, político, que contenía nos unió más. Lógicamente, ella tomó el nombre de Felicidad, que era el suyo: Felicidad Igualdad, el que su padre - militante anarquista- le dio. Pasados muchos años, en la dedicatoria de un libro a Felicidad, la aparición de estas dos palabras, Ulán Bator, causó extrañeza, pero nadie se atrevió a penetrar su secreto.

En todo amor, en toda vida de pareja, hay secretos preservados que hacen sonreír a los dos que se miran y se saben unidos. Yo admiraba las escenas amorosas en la pintura de Chagall, vistas mil veces en las reproducciones de un libro, y quise entrar en uno de sus cuadros y ser la pareja de amantes que se besa oyendo la melodía del violinista en el tejado, ser uno de los personajes del pintor ruso que para siempre será imagen de vencer la tristeza con el arte.

V

NADA SE OLVIDA, TODO QUEDA Y PERVIVE

La luz de un sol de primavera destacaba una mesa en la soledad del café, junto al ventanal que daba a una calle de escaso tránsito, muy cercana al barrio de los estudiantes. El sitio me pareció acogedor e idóneo para desarrollar allí un proyecto de novela en clave metafórica, para lectores que supieran desenmascarar la subyacente realidad de aquellos años. El café - Michigan- era tranquilo, como muchos otros en los años de mitad del siglo XX, cuando quise imitar lo que tantos escritores y hombres de la prensa: sentarme a la mesa de mármol ante la taza de café, indiferente al entorno ruidoso y entregarme a la satisfacción y el esfuerzo de escribir.

Trabajaba entonces en la empresa de un amigo, dedicada a la microfilmación de documentos. Con motivo de unas obras en los despachos, el personal quedó libre de acudir al trabajo durante un mes, periodo de libertad que para mí fue fundamental en la preparación del libro. Iba al café todas las mañanas, incluso alguna tarde si el texto me exigía no interrumpirlo. Llegaba con mis cuartillas y el sobre que guardaba las anotaciones; bebía el líquido caliente y aromático que era mi fiel colaborador y esperaba a percibir sus efectos estimulantes, mientras maquinaba la disidencia y la conciencia crítica.

Esta vez no era un cuento sino algo mucho más comprometido: juzgar los acontecimientos de la actualidad del régimen franquista, que era el tiempo que yo estaba viviendo. Hechos que se producían en España y que fatalmente habrían de ser su historia. Me movió el deseo de describir cuanto me hería o indignaba por su crueldad y también por su estupidez. Hechos observados por mí o descubiertos por comentarios de alguien: un plan de exterminio de partidos u orientaciones progresistas, la aniquilación de toda idea de progreso... Intuía que sería imposible escribirlo en el estilo propio del realismo de aquellos años en los que iba acentuándose la crítica social, aunque siempre bajo la amenaza de la censura. Debía ingeniar una transposición, una modificación formal que, no obstante, permitiera al lector reconocerse en ella. Deseché métodos de enmascaramiento por ineficaces. Y al leer ocasionalmente sobre la época de Alejandro Magno, sobre su

personalidad y sus conquistas, consideré factible adaptar la realidad española a hechos de tan lejana antigüedad.

Con tanteos fui elaborando una crónica de los sucesos diarios, mediante el método de revestirlos con el aspecto de la Grecia clásica, especialmente los problemas inherentes a la juventud, que yo tenía presentes y conocía por frecuentar ambientes madrileños desde la posguerra. En una ciudad de cierta isla griega, al terminar la invasión del ejército de Alejandro Magno, acaba la era antigua y comienza una época nueva; y son los jóvenes los más esperanzados con este cambio que les daría libertad.

Imaginé un pescador pobre que se rebelaba contra su trabajo; un niño esclavo en el torno de un alfarero que sueña con huir de su amo; la muchacha que, con su cántaro de agua que recoge en una gruta sagrada, anuncia el futuro; un recluta que, atraído por el amor, abandona el culto a la tradición de las armas del pasado y un potentado ocioso que ve cómo sus grandes riquezas se deshacen en polvo.

En el título puse coral, materia roja y durísima. Una ramita va pasando de mano en mano de los jóvenes, lo cual no es sino la consigna que convoca a la revolución, porque en la esencia de su argumento -más o menos explícito- estaba el anuncio revolucionario. Sentí una satisfacción al trazar la duplicidad requerida. Sugerí la rebeldía juvenil ante las represiones de la dictadura, la duda, el miedo, la esperanza, el amor dinamizador, el sufrimiento... Di lugar a lo heroico, al estado de conciencia que se iría formando contra los mitos.

Pasó el tiempo y aumentaban las cuartillas. No se me ocurrió comentar, y menos mostrar, lo ya redactado, porque a nadie podía confiar un propósito tan secreto y distante de los autores españoles del siglo XX, que utilizaban el realismo característico de los maestros del siglo anterior. La novela exigía una interpretación del lector, pues era distinta a las que se escribían entonces. Traslada nuestra época y los conflictos de los jóvenes a una isla griega en la época clásica, con un estilo imaginativo y con un idioma realista, pero de imágenes alegóricas, necesarias para esta dramática fantasía de cambiar a un pasado lejano la acuciante realidad española. Ya dice Baudelaire (en *Correspondances*): «El hombre pasa a través de los bosques de símbolos, que le observan con miradas familiares».

Reconozco, muchos años después de haber escrito *El coral y las aguas*, que era muy forzada la adaptación de un mundo tan distante a las

peculiaridades del régimen y a su previsible futuro. Ahora pienso que hubiera precisado de una clave de interpretación. Pero no tuve conciencia de su hermetismo hasta meses previos a su publicación. Cuando el texto se fue ampliando con nuevos capítulos, quise conocer la opinión de dos personas amigas. La primera, una joven, buena lectora, al devolverme el texto a máquina, me dijo: «Esto que has escrito quema». La segunda me dio un consejo: «Guárdalo en un cajón de tu mesa y olvídalo». Y eso hice hasta cierto punto, porque me ilusionaba lo que creía un hallazgo.

En la reserva que provocó en mis amigos, pude captar su desorientación ante aquella sucesión de hechos y personajes enigmáticos. Intuyendo esta oscuridad, puse un prólogo, o más bien nota previa, en la que identificaba las peripecias de la novela con la realidad española, y esto de forma tan explícita que me extrañó que la censura no la prohibiera; lo que me confirmó lo secreto del conjunto.

A finales de los años cincuenta, ofrecí aquel original a Carlos Barral, que conducía las publicaciones de la editorial de su familia Seix Barral. Recuerdo que fue largo el trámite de lectura y opinión, quizá por la novedad del tema - nada menos que la Grecia clásica- e incluso por el secretismo del texto cuando toda la literatura de entonces versaba sobre la sociedad española. Conservo una carta de mayo de 1960, en la que la editorial lamentaba su tardanza en responderme y otra, de julio de 1961, en la que me anunciaba la aceptación del original a condición de eliminar el capítulo 7, del que, por no haber conservado el manuscrito, no recuerdo qué podría representar -o acaso ofender sentimientos de funcionarios-. A pesar de la reserva de los editores ante estos temas y la actuación de la censura (incluso la creación en el Ministerio de Información y Turismo de un fichero de intelectuales contrarios al régimen), aparecían obras que ponían fin al estilo de la literatura peculiar del franquismo.

El contrato por la obra tiene fecha de junio de 1961. La tirada sería de tres mil ejemplares, a un precio de venta al público de 65 pesetas. Cuando recibí el primer ejemplar, en la portada encontré que se anunciaba como relatos, aunque tenía una evidente estructura de novela y así lo había propuesto yo. La primera liquidación me llegó en diciembre de 1962; en unos meses se habían vendido 819 ejemplares, lo que me pareció un éxito, dado que la venta había empezado en julio de 1962. Después, ya no hubo liquidaciones. La

editorial no mencionó aquella publicación que parecía excluida de su catálogo.

Mi libro pasó desapercibido: en la crítica de prensa hubo cuatro o cinco menciones coincidentes en la oscuridad de su tesis. Carlos Edmundo de Ory, que colaboraba en la revista *Cuadernos de París*, llegaba a afirmar: «El escritor delira...». Los amigos y contertulios casi se ofendieron ante aquel galimatías, sin relación con los problemas que a todos preocupaban, y el editor olvidó tan desafortunada obra. Era previsible la incomprensión de episodios tan imaginativos si se recuerda que aquellos años de la mitad del siglo pasado fueron los de afirmación del realismo social en novelas y cuentos, que planteaban conflictos obreros y las circunstancias del trabajo despreciado.

Fueron muchos factores negativos y mi ánimo consideró aquel resultado como un fracaso, casi una advertencia sobre mis pretensiones de obras largas. Por eso me dediqué a los cuentos durante varios años y seguí adentrándome en el mundo eslavo, reuniendo material para una pequeña biografía de Iván Turguéniev.

Todo lo que hubiera formado a un adolescente criado en una familia típica española de clase media sufrió la conmoción de la guerra civil con sus enormes cambios. Y conocer las tramas de nuestra sociedad hizo nacer en mí el sentido crítico, que fue definitivo en mi juventud.

Una mañana de verano de 1963 decidí optar al concurso de cuentos convocado por la revista *Triunfo*, pero no tenía idea de cómo iniciarlo. Vivíamos entonces mi mujer, Felicidad, y yo en un apartamento-ático que disponía de una terracita adonde no llegaban ruidos ni voces. Allí, mirando las nubes, busqué un asunto que intrigara y que aludiera a mi realidad. De pronto, di con un tema posible: cuando comenzó el cerco a Madrid por el ejército de África, en los días de noviembre del año 1936, todo el barrio de Argüelles -que se convirtió en zona de guerra, por su proximidad a los combates en el Parque de Rosales y por el peligro de los bombardeos aéreos- fue evacuado. Me enteré entonces de que algunos vecinos, que habían vivido allí toda su vida, no quisieron marcharse y permanecieron escondidos en condiciones difícilísimas, sin agua ni electricidad. Imaginé que serían personas mayores, muy apegadas a sus casas, que desafiaban los peligros antes de abandonar sus bienes -quién sabe si recuerdos u objetos

especialmente queridos-. Me puse en su lugar; yo hubiera actuado como ellos, porque mis cosas son mi circunstancia.

Me gustó la idea. Cerca de mí, en su mesa de trabajo, Felicidad preparaba una conferencia sobre literatura infantil. Le consulté el tema y su opinión fue favorable. Personas ocultas o escondidas ya había hecho yo aparecer en algún relato, pero de estos de Argüelles había que prever una breve y angustiosa permanencia allí, dado que no tendrían forma de sobrevivir. Acaso describiría mejor a un personaje que buscara escondite en las ruinas de los edificios medio destruidos, con ladrones que se infiltraban en la zona y abrían los pisos abandonados para llevarse lo que hubiera de valor, entre ratas que salieran de las alcantarillas. Podría ser un desertor de las fuerzas armadas y así aludía al gran episodio de nuestra historia, a la sangrienta lucha civil, lo cual sería una referencia literaria y social en un escritor que había presenciado y sufrido las tribulaciones de la sublevación militar.

Podría ser éste el argumento: un oficial del ejército republicano atraviesa el barrio, camino del frente, y descubre a un joven escondido. Es un desertor. Los dos hombres se miran, son enemigos políticos, deben odiarse y temerse mutuamente, tan iguales en la injusticia y maldad de la guerra; están en una situación absurda, inhumana, acaso no la comprenden bien, ni tampoco el enfrentamiento de dos mundos contrarios que los arrastra.

El final del cuento debía quedar abierto, igual que los acontecimientos de aquellos días de 1936, sin aventurarme en lo incierto de un fin convencional. Escribí el cuento, sin que me gustara mucho su estilo, y enseguida percibí que aquellos dos hombres eran contemporáneos míos, que vivían y trabajaban cerca de mí, anónimos pero conocidos. Me di cuenta de que corríamos igual suerte y también que formaban mi propio destino. Al final del encuentro, ambos contemplan sus manos «desgarradas y sangrientas». Alienados por las circunstancias políticas, y por la llamada de su intimidad, uno tiende a descubrir un secreto, el otro se ha negado a lo colectivo y se oculta. El rencor los invade, los dos están heridos por la historia de su época.

Entregué el cuento y la revista lo publicó con los que se iban presentando cada semana. Los optantes fueron numerosos, sus nombres, los de autores destacados aquellos años, e incluso sorprendió que algunos escribieran relatos. Al buscar una explicación a esa vocación ocasional, que exigía conocimiento previo de una técnica propia, pensé que muchos intelectuales se

sentían limitados por la censura y la represión en su necesidad de escribir abiertamente, y el cuento les permitía introducir opiniones y temas enmascarados. Era la razón, llevada al extremo, de que escribiera *El coral*, pues lo concebí en estilo tan enigmático como la ocultación de la realidad opresora.

El relato del concurso para mí no fue banal, al avivar mi atención hacia la guerra civil, que sería una de las grandes conmociones que me esperaban en mi vida, la más ilustrativa; una gran enseñanza de lo que pueden ser capaces los seres humanos, de lo que puedo ser capaz yo mismo, puesto que de ellos formo parte.

Durante aquel periodo, me consolé pensando que lo normal es que se sufra la guerra una vez en una vida y que aquello era lo anormal; lo que yo podía esperar era la normalidad de la etapa pacífica. Terminaron combates y bombardeos y sobrevino la paz, pero toda la alteración anterior no desapareció, quedó como quien contempla un delito y ya por eso se siente cómplice o al menos testigo por «haber estado allí» y haberlo autorizado con su presencia.

Todo lo que vi, lo que oí contar, lo que sospeché aquellos meses formaba una pesada experiencia de la que nadie ya me libraría. Acaso sólo yo, por la sugerencia de la fuerza vital de los madrileños y por un ansia de felicidad arrolladora, podía convertir lo desgraciado en amenidad, en habilidad literaria que a la par fuera verdad. Comprendí que habría de comenzar a sacar del olvido el oprobio y la dignidad.

No desapareció la imagen del pasado, de aquellos que fueron arrebatados en las olas de los acontecimientos y que sufrieron tanto horror físico y en la delicada trama del alma. Yo no había padecido tanto como ellos, pero el sufrimiento ajeno era más obligante, una materia común, y decidí convertir en literatura esos cientos de impactos. Toda revelación literaria requiere que lo real se transfigure, y al cabo de veinte años yo pude escribir sobre la guerra. Y sin ninguna prisa, fui reuniendo los cuentos que llegaron a componer *La trilogía de la guerra civil*.

Hace años, los recuerdos de lo que fue Madrid en los tiempos del asedio acudían con la fragmentación propia de la erosión de la memoria y el esfumarse de lo vivido que hacían más sugerentes los restos de aquel extraño pasado. Se me aparecían hechos presenciados o que alguien contó,

impresiones íntimas producidas por circunstancias personales, rastros del sufrimiento, del miedo, de la inquietud, ya atenuados por el transcurrir de los años; todo este depósito reservado era una incitación a escribir y recubrir con la fantasía los vacíos, los perfiles difusos y las trivialidades. El carácter anómalo de aquellas experiencias era fuerza sugestiva para inventar, deformar y adaptar según lo quisiera, pues la literatura conlleva una rectificación del mundo.

Recuerdo los relatos de *La trilogía* como una escritura lejana, ya que fueron escritos en la década de 1970. No un tiempo excesivo para las obras literarias que perduran siglos, aunque como crónica personal que recoge numerosas alusiones a temas de la actualidad de entonces, considero que se habrán perdido en la memoria colectiva junto con los matices del lenguaje, la sugerencia de lugares y las menciones intencionadas de personas y de acontecimientos. Pero nada se olvida, todo queda y pervive.

El escenario de *La trilogía* era, por descontado, Madrid, con sus calles y barriadas a las que superpuse los episodios de cada relato y el de la exigencia de un espacio creativo propio, por esa vinculación -¿casi supersticiosa?- entre el medio ambiental y los en él nacidos o afincados por razones poderosas. Los personajes imaginados pertenecen a su clase social, al periodo histórico, a sus pasiones y, a la vez, al influjo de su ubicación ciudadana. Les afectan los lugares, la intemperie, las variaciones de hora, de fenómenos atmosféricos, que aumentan su aspecto sugerente con estados de ánimo individuales.

Algo de lo que nadie habló y hoy nadie pone en duda es que las barriadas obreras de Madrid se quedaron sin jóvenes en los años que duró la guerra, sin muchachos para trabajar la tierra, de secano o de regadío, de muchas provincias. Las casas de vecindad, los talleres, los vieron marchar llevados del optimismo de la primera oportunidad de romper formas de vida que desde hacía siglos enmarcaban las injusticias. Muchos partieron a una aventura cuyos riesgos no preveían, cuyo final era una borrosa liberación de trabajo áspero y privaciones. Se pensaba poner fin a la obediencia a los abuelos, a los caciques, a los resignados gestos de confirmación de los padres ante los amos, los patronos, los sargentos, los párrocos, los maestros; poner fin a la mirada de temor a los guardias civiles. En muchas casas, las mujeres se habían mirado, atónitas, porque los hombres habían muerto y ellas tenían que

abrirse camino, seguir contando sólo con sus fuerzas.

El primer estímulo para un relato vino de medir la tragedia y la demencia de algunas personas que se habían negado a ser evacuadas del barrio de Argüelles cuando se convirtió en zona de guerra. Escondidas, sin luz, sin agua, en la soledad de calles y casas deshabitadas incluso se contó que próximas a la línea de fuego, unas prostitutas esperaban, y podía ser motivo para el alucinante deseo del combatiente.

Fue así cuando pensé no en voladuras de casamatas ni en trincheras de sangre ni en tropas desterradas, sino en aquellas personas civiles que sobrevivían en la ciudad cercada, entre las privaciones y el peligro, conservando las apetencias humanas, todas las potencias del alma irreducible.

Primero, el amor: aunque tenía su enemigo en las separaciones forzosas y en las alcobas heladas. Su incontenible dinámica exigía toda la exaltación que se dice es propia de las guerras; y así los panaderos de un cuartel negociaban la llave de la tahona para que el delicioso calor ante la boca de los hornos sirviera como lecho a parejas enamoradas. Y esa tan desdeñada clase de amor -dos mujeres descubren su cuerpo-, la recoge otro relato; evidencia, cuando tantos hombres permanecían en los frentes, de que no se agotaban las múltiples facetas de la comunicación erótica.

Recordé otra pasión imperante: la avaricia, que rompía vínculos familiares, dando falsa apariencia de enfrentamiento político a lo que era pura codicia, que no se detenía en el asesinato o las denuncias de graves consecuencias. Y para cierta clase social, el único valor permanente, siempre en vigencia, eran las joyas, resplandeciente moneda en cualquier siglo. O bien, los extranjeros que, atraídos por la aventura, aparecían en la retaguardia -de la que Madrid era parte- con falsas ventas de armas para engalanarse con unas migajas del heroísmo que aquí se derrochaba.

Errores, crueldades, mezquindad, personalismos, todo eso es habitual en el proceder humano; reneguemos de ello, debemos renegar, pero difícil es que se pueda evitar la imperfección de tan precaria existencia cuando el hambre, el miedo, la inseguridad y la pobreza hacen ir a trompicones entre la necesidad y la envidia, entre odios y soberbias, entre desprecio. Así es el alma humana inmadura.

En fin, tantas leyendas de tenacidad, sacrificio y cobardía, de augurios malditos y anhelos de dicha, valor y traiciones en una situación militar en

pleno hundimiento: tantas personas anidaron dentro de mí y tantos hechos esperaban su ropaje de palabras que me propuse conseguir su imagen literaria y ofrecerlos como materiales de la historia.

El final de la guerra civil fue para mí una época de libros, aquellos editados en años anteriores a la contienda. Comprar libros usados tuvo su época afortunada después del año 1939, cuando se vendían despreocupadamente, sin apenas tener en cuenta el valor intrínseco, sólo en razón de ser conocido el autor. Entonces era posible encontrar lo inesperado, lo que venía a descubrir que en el ambiente castizo que nos rodeaba, tan puramente práctico, había estudiosos raros que traían obras del extranjero y lectores entusiastas, amigos de materias inhabituales. Y tanto en las mañanas de domingo del Rastro, como en la Cuesta de Claudio Moyano, entonces poco concurrida, me esperaban hallazgos tan parecidos a los de una nueva amistad.

La búsqueda de los montones de ejemplares estropeados o alineados en los estantes era un trabajo de trascendencia simbólica, un aviso de investigación encaminada al descubrimiento deseado. Algún bibliófilo me confesó que, para él, aquella busca perseverante era la expectativa de poseer el libro mágico que diera la suprema felicidad. Aspiración que varias veces se me ha presentado en un sueño de los que nos ilustran más que la reflexión: estoy en la semipenumbra de una librería de segunda mano y rebusco con ansiedad entre los gastados libros, convencido de que puedo encontrar uno valiosísimo, y siento el placer de que será inminente. Como todo sueño, termina sin llegar el momento ansiado.

En las tiendas que hubo en la calle de San Bernardo aprendí a valorar la utilidad de retener formatos y títulos, conocimiento complementario de la absorbente lectura. Y qué enriquecedoras fueron para mí las sugerencias que encendían los títulos de los libros -vistos ocasionalmente en un catálogo o en un escaparate-, libros que me hubiera gustado leer, y que acaso no leí, ponían en marcha mi fantasía, me comunicaban un deseo de escribir. Títulos explícitos unos, otros ambiguos, evocadores todos.

Pensé que el título formaba parte de la importancia de la creación literaria. Desde aquel entonces considero que si el escritor ama su obra y es responsable de ella y de sus imprevisibles repercusiones, ha de meditar a lo largo de meses el encabezamiento que dará a su libro. Se me ocurre que el

autor tiene que encontrar las palabras o la frase exacta que correspondan al significado clave del texto, y siempre lo acompañará y será conocido por ellas; y en el horizonte de la cultura permanecerán definiendo una época, una personalidad, unas ideas.

En consonancia con la calidad lograda en el perseverante intento de perfección, el título transmite al lector el deseo de leer. Ante mí tuve la espléndida verdad de que el talento de un escritor puede despertar la más sorprendente imaginación. Curiosa ha sido esta fijación a los títulos que despertaban curiosidad con aquello que a mí me parecía que aludían. Como absurda invitación a completar lo que tan brevemente anunciaban.

Cada libro, a través de su título, provocaba el gusto de poseerlo. Acaso lo sentí en la primera Feria del Libro, la del año 1934 en Recoletos, mirando los stands de las editoriales; observaba primero el dibujo de la portada, el nombre del autor y luego el título, que yo creía que era emblema de las páginas tentadoras. Títulos seductores me han parecido los de Pío Baroja: *La ciudad de la niebla*, *La dama errante*, *El árbol de la ciencia*; o los de otros autores, hoy ya en el olvido, como *La esfinge maragata*, *El metal de los muertos*, *El obispo leproso* de Gabriel Miró, o los de un escritor extranjero que se tradujo bastante al español, Lajos Zilahy, novelista de temas de actualidad en su país, Hungría: *El alma se apaga*, *Las cárceles del alma*.

Valoraba la fonética armoniosa de las palabras que lo componían y así quedaba compuesta una unidad que destacaría el nombre del autor y al que quedaría unido para siempre. Esta valoración del título, como si fuera una síntesis del contenido del libro, tardé en saber que era un error, pues en precisiones y comentarios de bastantes escritores, el título no era la cifra de su trabajo, surgía espontáneamente ante la obra ya hecha o se adoptaba por sugerencia de alguien y muchas veces era una decisión caprichosa. Esta elección explica las repeticiones y coincidencias que se observan en las listas de los catálogos editoriales.

El libro siempre desencadena gratuitas divagaciones que pueden ser fructíferas, y divagación es el proyecto creador de una obra al inventar vidas, explicar qué les ocurrió verdaderamente, volver a los semiolvidados antepasados. Súbitamente la pluma se detiene, el pensamiento calla y un terrible mutismo desespera al que pretende llenar la hoja, porque sabe que un lector espera algo que le asombrará o le va a satisfacer, algo que le

estimulará.

Porque los libros mantenían vivo y prestigioso un ideal que las imposiciones cotidianas oscurecían y obligaban a posponer; eran apoyos a una difícil vocación incipiente que a veces parecía irse a perder y extinguir bajo el apremio de tareas diarias tan opuestas, tan imperiosas. Pero soslayando impedimentos de amenazadoras manos y acusaciones, salvé en mi conciencia todos los libros. No sólo los que informaban a mis aspiraciones, sino también los otros, pues incluso éstos podían dar una inesperada idea útil o realista.

Objetos mágicos los libros, fetiches para la incertidumbre en su sencillez física y en sus gigantescos posibles efectos: exaltan, entristecen, embriagan; todo ello en la sutil área de las ideas, de la mente. Y a la vez, alimento no perecedero, que permite múltiples digestiones. Al pasar sus páginas sorprende que no sacien el apetito sino que lo aviven y el número de opíparos banquetes anuncia otros aún mejores, tal como en el amor, donde siempre prevalece la promesa del cuerpo hechizado.

Cabe pensar que muchas heridas del alma puedan encontrar un libro que, con un personaje, con un párrafo o con dos palabras, ponga el alivio que no darán remedios medicinales. Otros libros, por la presión de sus razonamientos, alcanzarán a mover el ánimo de un grupo. Y hasta podemos aventurar que ejerzan una influencia en la mecánica de las costumbres. No maestros de sueños sino maestros de vida, con la enseñanza de que la literatura debe perseguir el espíritu de la época y describir la frondosidad del alma de todos nosotros.

Estos Recuerdos de vida, este patrimonio de fantasía e ilusiones construido a lo largo de tantos años, este material que se ha ido formando a lo largo de mi vida, ¿adónde irá?, ¿adónde pasará? ¿Será una fuerza que, cuando yo muera, saldrá de mi cuerpo y volverá para infundir mis mismos anhelos en otra alma?

Abril de 2011 - Diciembre de 2018

Mi agradecimiento a la
profesora Carmen Valcárcel
por su inestimable ayuda en la
transcripción de mi texto.